

Scriptorium



Visité a mis amigos chiapanecos Isidro Malmierca e Isabel Carballo en el verano del año 2002. Muchos de los acontecimientos esperpénticos y laberínticos que se narran en esta relación sucedieron entonces aunque, como cualquiera lo sabe, la literatura pone y quita, agranda y disminuye, imagina, sugiere y, en definitiva, cambia lo que en verdad pasó. Empezando por el hecho, público y evidente, de que Isidro no es poeta ni Isabel vive en alguna isla del Caribe. Fue sin embargo de ellos la idea de que escribiera esto. Me lo sugirieron una tarde lluviosa en mi casa de las montañas de Heredia, en el Valle Central costarricense, luego de habernos reído desopilantemente mientras recordábamos todo. Cumpló con el encargo y para ellos es este escrito que lleva esta dedicatoria, tan cierta y falsa como todo el resto.

Para Froilán, aunque esta no sea

la novela que él hubiera querido

What the hell is this?

El laberinto de las aceitunas

Eduardo Mendoza



*Vivimos revolcaos en un merengue
y en un mismo lodo
todos manoseaos...*

Cambalache

Enrique Santos Discépolo

I

La voz del poeta se oía angustiada al otro lado de la línea aquella mañana. El teléfono había sonado insistentemente antes de que Jorge pudiera levantar el auricular. Casi sin saludarlo y sin ningún preámbulo, le rogó que lo visitara lo antes posible, que no lo dejara solo porque estaba viviendo un trance amargo. De nada sirvió que le dijera que no era sencillo, que le recordara que vivía en otro país, que para llegar a él había que hacer un viaje de varias horas. Gimoteaba, pedía un hombro para apoyar su cabeza doliente, un escucha para contar lo que le carcomía las entrañas. Jorge cedió al fin y le prometió un fin de semana juntos. ¿Sería suficiente? Sí, hermano, te lo voy a agradecer toda la vida, dijo, y de inmediato pasó a proponer fechas para el encuentro.

El poeta era el amigo de siempre, con el que Jorge acometió las primeras letras, el de las primeras parrandas, el que sabía los secretos de la juventud, las debilidades y los sueños que nunca se cum-

plieron. ¿Cómo dejarlo ahora solo en ese trance amargo que decía vivir? Tenía que ir a visitarlo y apoyarlo postergando compromisos y poniendo de lado el trabajo, aunque esto no fuera sino una más de sus locuras, un arrebatado irreflexivo a los que era tan dado. Lo conocía bien porque siempre había sido igual, y en más de una oportunidad se embarcaron en líos por su culpa. Pero no le importaba, podía hacer lo que quisiera, meter la pata, enredar las cosas u ofender a cualquiera porque lo quería como a un hermano.

En todo eso pensaba mientras el autobús que había abordado de madrugada para ir a su encuentro corría sobre la precaria cinta asfáltica, sin saber el giro inesperado que tomarían los acontecimientos en los próximos días. Veía pasar ante sus ojos las tierras blancas, áridas, otrora pobladas de pinos que el poeta, después, diría no recordar así, boscosas y frescas, con niebla después de las tres de la tarde, casi deshabitadas, solamente punteadas de vez en cuando por algún rancho paupérrimo de techo pajizo y paredes terrosas.

En la frontera, el armatoste promovido como de primera clase se detuvo cuarenta y cinco minutos, poco para lo que es la costumbre en esos lares perdidos donde a veces pueden ocuparse dos o tres horas para pasar de un paisito a otro, mientras los agentes aduanales rodean y olfatean con suspicacia a los pasajeros en busca de algún emolumento suplementario a su exiguo salario.

Jorge recorrió ese camino treinta años atrás en un carro viejo que jadeando apenas podía subir las cuestas escarpadas, bordeadas entonces de interminables bosques de pinos que al atardecer exhalaban su característico perfume y enredaban sus agujas en la niebla que a ratos no dejaba ver el camino. Recordaba la angustia del con-

ductor, de los otros que viajaban en el carro, al ver cómo la fuerza de la máquina se agotaba en las cuestas de esa carretera desconocida en donde en cualquier momento podía aparecer una pendiente más empinada e irremontable. Recordaba con claridad la aguja del tablero indicando el recalentamiento, y la parada temerosa a la vera del camino para pedir un poco de agua en uno de esos ranchos rústicos, totalmente miserable, con paredes que apenas se alzan un metro y medio o algo más del suelo, con piso de tierra y lleno de humo, de donde enviaron a un muchachito de unos seis o siete años a traer agua a algún lugar que no debe de haber quedado muy cerca porque, aunque salió corriendo velozmente, tardó como veinte minutos en traer una latita llena hasta los bordes. Y a todo eso los recuerdos agregaban la angustia del inminente caer de la noche, el creciente canto de los grillos opacando la conversación con el hombre enjuto que había salido del rancho, y la soledad que los rodeaba en esas cumbres pobladas de coníferas olorosas y silbantes. Pero al final todo salió bien, porque al poco tiempo después de esa parada alcanzaron la cumbre y empezaron el descenso hasta llegar a la planicie que entonces se les antojó interminable en medio de la noche, apenas iluminada la carretera por las luces del carro que corría vertiginoso devorando kilómetro tras kilómetro, aproximándose a la ciudad caliente que de pronto se perfiló como un resplandor en el horizonte hasta concretarse como un lucerío lejano.

Ahora, ante los ojos de Jorge desfilan las montañas peladas con apenas algunos rastros de los antiguos bosques y la tierra árida, en la que ha crecido lo propio de los campos agotados, lavados por la lluvia y barridos por el viento: los pajonales de un verde acerado que se inclinan en la dirección que sopla más frecuentemente el viento. Y él, que había subido ilusionado al autobús porque iba a revivir las

emociones de aquellos ya lejanos años en los que se había internado en esas arboledas que muchas veces había rememorado ante amigos y conocidos. Nada de eso pervivía, todo había sido arrasado y había desaparecido.

Apenas unos cuantos kilómetros después de cruzar la frontera, el autobús entró a las ruinas de la que hace mucho tiempo fue la esplendorosa ciudad de Uxanbalactum, e hizo un descanso. Alrededor de la ciudad antigua ha crecido una pequeña y precaria ciudad con pensiones, restaurantes y ventas de recuerdos para los turistas. Las calles empedradas y las casas encaladas recuerdan lo que antes fue el pueblito que ahora está saturado de letreros de refrescos gaseosos, cervezas y nombres en inglés. Jorge quisiera quedarse, ver de nuevo las pirámides y las estelas que se yerguen impertérritas ante el paso de los siglos, rememoradoras de un tiempo que lo llena de orgullo. Pero no puede porque casi puede ver el rostro lloroso del poeta urgiéndolo a llegar lo antes posible a su destino.

El calor es sofocante y los ventiladores que giran perezosamente en el techo no logran disiparlo. No recuerda que nada de eso pasara antes. Sus recuerdos remiten a la memoria de una tierra fresca, casi fría, que no era sino más adelante, una vez abandonadas las montañas, cuando se transformaba en la antesala del infierno que son esas planicies que se extienden apenas flanqueadas por una fila de montañas -que al final se hunde en el mar- en la que choca San José Urlán, ciudad hacia la que se dirige. Tiene aún en la cabeza las imágenes que le han quedado de ese primer viaje, en el que llegó a ella cuando ya estaba bien entrada la noche y sus calles se encontraban solitarias pero guardando aún el calor reverberante que la había ahogado durante el día. También ahora se adentra en una zona

de calor aún mayor que la del lugar en donde están las maravillosas ruinas precolombinas, las cuales entran en la planicie que sigue a la montaña. El autobús se desliza rápido como antes lo hiciera el automóvil descompuesto en el que viajaba, pero ahora el calor no se siente porque tiene ambiente refrigerado que no permite sino intuir lo que afuera sufren los que tal vez nunca han sentido un frío artificial como ese. Descamisados, sucios y flacos pasan sudorosos por la ventana panorámica del autobús, que la línea Queen Quality ha comprado directamente en los Estados Unidos, con cinco televisores empotrados convenientemente para que el pasajero sienta menos el ajetreo del viaje. Nadie tiene por qué fijarse, entonces, en los extensos basurales que rodean la ciudad a la que se va llegando, en las bolsas de plástico que se elevan hacia al cielo en remolinos multicolores dispersadas por los campos y los ríos, en las humaredas que salen de los extensos páramos en donde saltan, escarban y vuelan en círculo miles de zopilotes negros de cogote desplumado. Nadie ve la chatarra amontonada a la orilla del camino, las puertas de carros y autobuses oxidadas, que por alguna razón han sido apiladas unas sobre otras, casi se podría decir que ordenadamente, como quien hace una torre de papeles o carpetas, solo que aquí las torres se sostienen por milagro, inclinadas y alineadas en función de un orden cuya lógica se le escapa a Jorge, que es el único que mira y ve pasar todo velozmente y sin respiro por la ventanilla que le ha tocado en el lado derecho del autobús.

Los basurales, las chatarreras y las casas precariamente construidas de cartón y láminas oxidadas, anuncian que la ciudad está cerca. El tráfico se vuelve más intenso, aparecen las primeras calles ardientes calentadas por el sol, la gente protegiéndose bajo los aleros de las casas con la mano como visera sobre los ojos, tomando

refrescos con hielo y abriéndose la camisa hasta el ombligo sudoroso. No es esta la ciudad a la que Jorge llegó hace más de treinta años, es otra, más improvisada, más impersonal, menos ella misma. No tiene aquella avenida larga flanqueada de edificios de dos plantas de los que uno era el hotel San José, de habitaciones altísimas en donde resonaba la voz y las ventanas tenían hojas de madera que protegían contra la resolana. Ahora se entra por calles estrechas bordeadas de casas enrejadas en las que los vecinos no se ven, escondidos tras el límite de sus patios, metidos dentro de sus dominios, temerosos de lo que puede pasar afuera, en las que hay que tocar el timbre y decir en voz alta quién busca y qué quiere. Por esas callecitas se mueve a duras penas el autobús que da vueltas y más vueltas hasta que llega frente a la puerta de la estación en la que tiene que aparcar para dejar que los viajeros se encuentren, por fin, con la ola de calor que les golpea la cara como un vaho que apenas deja respirar de tan denso que es el aire, mientras los cargadores se amontonan para sacar el equipaje y los clientes abren los ojos ansiosamente tratando de ver sus maletines, sus valijas, los bultos que han puesto en la parte inferior del aparato que ahora abre su vientre y deja salir las pertenencias de los que llegan. Entre golpes y empujones cada cual localiza y jala sus cosas, las pone a un lado cuidando que no llegue algún desconocido y se aproveche en el barullo. En esas circunstancias sale Jorge del lugar donde ahora yace la ballena metálica que le ha traído a través de las montañas, atravesando la bocacosta calurosa, y busca con los ojos al poeta que debe estar por ahí sentado, como cualquier mortal, empujado y maltratado entre la multitud que se aglomera porque llega o sale, o recibe entre abrazos a los que arriban. Efectivamente, lo divisa sentado en un banquito alto sin que se diferencie del resto ni por la ropa ni por el físico, poniendo

atención a los que salen por la pequeña puerta que da al garaje y por la que aparece Jorge cargando su pequeño maletín donde trae sus pocos enseres, apenas los indispensables para pasar unos cuantos días con él. Sentado ahí nadie diría de él que es un bardo, y si los que lo rodean lo supieran, todo seguiría igual, nada los inmutaría e incluso, tal vez, le reclamarían por dedicarse a cosas poco útiles, a lo que usualmente no deja ganancias contantes y sonantes. No hay ondas expansivas en su entorno, nadie le pide autógrafos ni le quiere arrancar la camiseta desteñida que viste para guardarla como trofeo o fetiche. Está ahí, sentado, alerta, y se alegra levantando la mano cuando avista a Jorge, quien sale con los recién llegados, mientras trata de zafarse de una mujer gorda que se ha abalanzado sobre alguien y le abraza dando gritos que todos suponen son de alegría.

Ha esperado dos horas, dice el poeta, porque no recordaba bien la hora acordada de previo para su llegada. Es clásico de él no poner atención a lo que se le dice, el escuchar a medias los recados de la telefonera, el olvidar las citas fijadas por él mismo de antemano. Por eso no es de extrañar su equivocación de ahora, aunque ha de alegrarse, Jorge, de verlo el día convenido, y que la falla haya sido solamente de dos horas antes y no después, pues lo habría dejado varado en la estación aunque, por las dudas, sabiendo cómo es y cómo se comporta, le había pedido el número telefónico de su casa. Así pues, habiéndose encontrado y abrazado, Jorge y el poeta salen del pandemónium que es la estación del autobús que se anuncia como de primera, aunque no sea más que un aparato comprado de segunda mano en alguna subasta norteamericana.

Ya afuera, el poeta reitera esa calidad que le hace tener fama de despistado porque dice haber olvidado el lugar donde estacionó su

carro, un bólido de segunda más viejo aún que el autobús que ha transportado a Jorge desde el país vecino; desordenado en su interior, lleno de papeles, libros, cajas, bolsas, paquetes y todo tipo de objetos no identificables que deben tener una eternidad en el asiento trasero porque muchos de ellos ya se encuentran desteñidos por efecto del sol calcinante que les ha dado directamente. Por fuera no tiene mejor aspecto: está sucio, con una costra que da muestras de estar ahí hace ya algunos meses, pero se ha de ser justo y decir que esos le parecen al poeta aspectos menores, sin importancia, y no le para mientes en absoluto mientras el carro camine y se desplace por las calles calurosas y deslumbrantes de San José Urlán, ciudad habitáculo del poeta, espacio donde se desenvuelve cotidianamente y que es el lugar donde se ambientan las glosas que publica y vende hilvanadas como versos.

Ahí está, pues, de cuerpo entero, aquel al que los cables periodísticos han ubicado en los más distantes y disímiles lugares leyendo las estrofas que le brotan quién sabe cómo en ese tórrido lugar en donde le ha tocado nacer. Es veteranón el poeta, y su cuerpo muestra ya los estragos que indefectiblemente va dejando el tiempo. Entrecano el pelo, medio panzón, algo ojeroso producto, seguramente, de las trasnochadas sentado frente a la máquina de escribir o el computador. Otros, más preocupados por el aspecto físico, tratarían de disimularlos con cremas o, más drásticamente, con estiramientos de piel o inyecciones de colágenos. A él, sin embargo, a primera vista parece no importarle el aspecto que exhibe, y tal desaprensión la prolonga hacia los objetos que le rodean: su carro, por ejemplo, que es lo primero en lo que Jorge ha podido comprobar que se ceba su indolencia; o su casa, que más tarde comprobará que no se encuentra más ordenada o limpia, pues en ella se amontona todo tipo de objetos

que sirven para los más disímiles menesteres: libros en columnas tambaleantes que recuerdan las torres de chatarra junto a baldes de plástico de colores estridentes, balones desinflados, ventiladores descompuestos, somieres desvencijados y muchas cosas más, todo convenientemente empolvado, diríase que olvidado tanto por el poeta como por cualquier otro prójimo, porque nada tiene indicios de haber sido usado o siquiera tocado recientemente. En una mesa que debió de haber fungido como lugar para comer, dada la ubicación en que se encuentra, se amontonan frascos de medicamentos diversos, suplementos vitamínicos, sobres que contienen polvos o pastillas que sirven para aliviar el dolor de estómago o de cabeza, lo que le hace recordar a Jorge la fama de hipocondríaco de la que goza el poeta entre amigos y enemigos. Viendo el desparrame de frascos, cajas y sobres de medicamentos, le viene a la cabeza la anécdota alguna vez contada del poeta muriéndose por una apendicitis inexistente. Lo operaron, porque si no se habría muerto pero de angustia, y dada la carencia de condiciones quirúrgicas en el lugar donde tuvo la alucinación, se limitaron a abrirlo casi como si fuera un conejo sacrificado para ser después sancochado, sólo que en este caso se trataba de él, del eximio poeta, el bardo mayor de San José Urlán, el trovador de las andanzas de lo mejor de la sociedad josefina. Y ante los ojos estupefactos del médico que no estaba preparado para semejante disparate, compelido de pronto a rajarlo sin anestesia ni ningún desinfectante para la herida abierta, se levantó y caminó porque dijo que así lo hacían las mujeres recién paridas y cómo no lo iba a hacer él, macho cabrío, león del desierto, machus erectus diezmador de los rebaños de hembras de su entorno sofocante.

Así es como vive este hombre naturalmente dotado para traspasar en poesía todo cuanto ve alrededor. Más se sorprendió, Jorge,

cuando se asomó a la cueva -no puede llamarse de otra forma- en donde el poeta se pasa gran parte de la vida dándole voz a sus fantasías. Es una habitación pequeña y oscura, con las persianas de las ventanas permanentemente bajas, una cama, una estantería donde rebosan los libros y una mesa pequeña en cuya cúspide se asienta un computador color crema de marca irreconocible. Es esta la herramienta fundamental con la que cuenta y donde atesora su creación constante. Es el máspreciado bien de esa casa en la cual, seguramente, pocas otras cosas deben interesarle tanto. Viendo Jorge ese espacio, le viene a la memoria los cruentos ataques depresivos de este hombre, de las profundidades a las que se arroja su espíritu cíclicamente, y no puede dejar de pensar que seguramente es ese cuarto el causante de tales estados de ánimo. No hay necesidad de ser poeta, alguien sensible a quien le duele el mundo, para caer en las garras de la depresión.

Esto lo piensa viéndolo conducir tranquilamente por las calles atestadas de San José Urlán. Espera con paciencia en los semáforos, no se altera ante la precipitación de los otros conductores y, en medio del caos, deja pasar a las viejitas que trastabillando atraviesan la calle como si aún vivieran en la ciudad de cincuenta años atrás. Esperaba encontrarlo en otro estado de ánimo, pero la conversación discurre tranquilamente por las peripecias del viaje y las características de un camino que dice no haber vuelto a recorrer desde que regresó luego de pasar los años de juventud en el país vecino. Jorge, pequeño, delgado, tímido, lo admira por la seguridad con la que se mueve en el mundo y la popularidad que ostenta entre el reino femenino. A él, todo eso le cuesta mucho: tiene que hacer grandes esfuerzos para hilvanar por escrito los versos que también él escribe, que intuye en su bullente cerebro. Pasa horas sentado escogiendo las pa-

labras que se resisten a presentarse en su mente que repetidamente se queda totalmente en blanco. Eso sin contar los largos períodos en los que siente que no volverá a escribir nunca más. Es todo lo contrario del prolífero poeta. Cuando están juntos se borra del mundo y solo existe el faro luminoso que lanza, entusiasmado, versos a diestra y siniestra. Es por eso que al poeta lo quieren tanto y es tan popular a donde quiera que vaya, mientras él no es determinado por nadie. Pregúntesele a alguien si había alguna persona con sus características en la reunión donde también estuvo el poeta y todos asegurarán que jamás lo vieron. Jorge está resignado a ser como es y no siente la más mínima envidia hacia su amigo. Más bien, desearía prevenirlo contra sus propios excesos que a veces le hacen daño. Ahora, dando vueltas en el carro por el endemoniado San José Urlán, quisiera que el poeta abriera inmediatamente su corazón y le hablara de lo que le acongoja pero, ¿Quién es él para urgirlo? Ya sabrá cuándo es el momento adecuado para hablarle.

Luego de atravesar la ciudad llegan a donde harán el recibimiento oficial de Jorge, el lugar donde vive la asistente del bardo. Es una casa modesta, imaculadamente limpia y silenciosa. Una hamaca da la bienvenida en el corredor externo junto a una mecedora de madera y mimbre cercadas ambas por la infaltable reja que protege de los peligros de la ciudad. Adentro, la semipenumbra atempera los treinta y pico de grados que debe estar haciendo. La anfitriona es bajita, morena, de pelo colochó recogido en un moño alto sostenido con una tela roja. Ha preparado sopa de caracol para agasajar al recién llegado y la tiene borbollante sobre el fuego. El olor se disemina por toda la casa mientras ella y el juglar finiquitan detalles de algún trabajo literario que se traen entre manos. Discuten aspectos técnicos que, parece, les han estado preocupando desde la víspera. Ella tiene

una posición y el juglar de juglares otra. Es evidente que a ella no le amedrenta estar discutiendo con la voz preclara de la poesía nacional y se planta en sus trece defendiendo lo que tiene por correcto. El otro parece estar perdiendo la batalla pero Jorge sabrá después, cuando la conozca un poco mejor apenas unas horas más tarde, que él terminará imponiendo su punto de vista porque, al fin de cuentas, es la voz cantante en función de la cual se ha armado la sociedad que forman. La secretaria-asistente parece ser también la agente comercial que mueve en el mercado de las letras las obras del insigne maestro, pues en una de las habitaciones de su casa se amontonan cajas que tienen rotuladas sobre la cubierta títulos de diferentes libros. Ella esconde tras su figura menuda y su temperamento aparentemente dócil, la personalidad necesaria como para que no haya acreedor que se le escape. En esos lares en los que la mayoría escabulle el pago de sus deudas, sean estas de ropa interior, aparatos electrodomésticos o libros, es una cualidad que el poeta debe agradecer profundamente. Es el complemento perfecto a su personalidad despistada y poco práctica, que ve los asuntos relacionados con la transacción comercial de bienes materiales con indiferencia y desdén abierto. La sociedad apunta, entonces, al equilibrio construido a partir de la complementariedad. Puede desenvolverse cada uno por su lado sin estorbar a la contraparte. Tienen espacios propios en los que cada cual reconoce que el otro no incursionará porque sabe que ahí no tiene nada que hacer.

En el patio, la Peque -que es la forma como el poeta llama a su soporte- tiene un árbol de mango con el que el juglar se entretiene un buen rato. Se oyen los golpes de las frutas desprendidas de sus tallos con una vara larga que manipula hábilmente. Se ve que con frecuencia se aprovisiona de las frutas para luego llevarlas a su casa.

Hablando de ellas se entera Jorge de que el poeta se ha vuelto vegetariano. Hace mucho, le dice, no pruebo carne muerta. No hace más que obstruir mis venas con su grasa contaminante. Es extraño escuchar tal cosa del hombre que se caracterizó siempre por la vida desordenada, bebía como cosaco, comía a dos carrillos y se comportaba como desaforado persiguiendo a las damas. Ahora, además de vegetariano, el poeta se confiesa abstemio. No bebe después de comprobar que hacía cosas de las cuales se arrepentía una vez sobrio. Además, dice, un médico me vaticinó demencia senil temprana si continuaba con ese estilo de vida. En su casa guarda como trofeo las últimas once botellas de vino, güisqui, ron y aguardiente que se tomó la última vez que pasó más de quince días encerrado en su cubil libando en solitario. Ahora rememora las múltiples metidas de pata y descalabros que causó cuando se echaba los tragos. Cuenta, entre apenado y festivo, anécdota tras anécdota de ese tiempo. Jorge saca las cuentas que el poeta se ha reformado en dos de las cosas en las que su fama trascendía más allá de las fronteras de su pequeño y mísero país. ¿También se habrá retirado de su asedio constante y obsesivo al sexo femenino? La sola pregunta parece ofender el orgullo más íntimo de su amigo. Se ufana de seguir siendo un garañón de primera línea que no deja títere con cabeza. Más tarde iniciará la relación de las redadas en el espacio que le ha sido dado como coto natural de caza: su lugar de trabajo y las actividades culturales en las que invariablemente es la estrella. Es personaje que las damas de la crema y nata de la sociedad josefina ven como objeto codiciado. Ellas, enredadas y cautivas en relaciones que la mayor parte de las veces las aburren, ven en el poeta a un ser presto a hacerlas sentir vivas, a llenarlas de energía, a devolverles, aunque sea en parte, el sentido de la vida. El poeta no desperdicia oportunidad para hacer el

bien a estas damas aburridas. Vegetarianismo y abstención alcohólica no constituyen impedimento para que se lance frecuentemente en cruzadas que buscan restañar la felicidad de mujeres que se marchitan a ojos vista.

Todo eso lo sabrá Jorge más tarde, cuando lo lleve a dar una vuelta por la ciudad de noche y el calor, aunque aún sea sofocante, haya cedido un poco. En la casa de la Peque, al medio día, no se habla de esas cosas, aunque ella hace constantes y picaras alusiones a la condición de garañón que parece que el poeta se ha ganado en buena lid. Son indirectas que deja escapar de vez en cuando, pero lo suficientemente claras para saber a qué se está refiriendo. Quien lo viera, ya deteriorado por la vida, con más de cincuenta años sobre la espalda, podría dudar un poco.

Por lo pronto, el susodicho mangos del árbol que se encuentra en el patio trasero de la casa. Son grandes y aparentan ser dulces y jugosos, y tantos los que caen, que se llenan hasta tres bolsas de plástico iguales a las que vuelan hacia el cielo en los basurales que rodean a la urbe costeña. El calor parece estar alcanzando su cenit y el aire es tan denso que cuesta respirarlo. Afortunadamente el patio es pequeño y flanqueado por construcciones precarias que lo esconden a la vista desde afuera. Si no fuera así, el poeta sería visto pegando escuálidos saltitos tratando de alcanzar las frutas con la vara larga que porta entre las manos. No es esa actitud ni posición que le ayude a construir una imagen de bardo digno. Salta, sin embargo, a escondidas, en donde nadie lo ve. La Peque ríe viéndole dar saltitos y el sudor que corre por su rostro descompuesto. Sentada en un silla, con las piernas colgando y moviéndolas como niña divertida, aplaude cada vez que el poeta atina una fruta, la empuja hacia arriba,

retuerce el tallo y la avienta para que caiga haciendo ruido sobre el techo de zinc, desde donde rodará hasta caer en las manos del creador de portentosos versos. Es un momento feliz, de esos a los que raras veces acceden quienes están enfrascados en las idas y venidas presurosas de la vida cotidiana. Es extraño, se dice Jorge, que la felicidad se encuentre escondida en lugares recónditos y perdidos, en los sitios menos pensados. Se encontraba ahí, agazapada, en un pequeño patio trasero, en el entorno bochornoso de una ciudad pobre. Como le pasa frecuentemente, se aísla del grupo y deja que los pensamientos lo invadan totalmente. No puede compartir lo que piensa porque inmediatamente se diluiría el espontáneo encanto que están viviendo. Así que no le queda más que apartarse y correr el riesgo de que la gente crea que se aburre, o que ve con desdén lo que sucede.

Mientras tanto el poeta se ve distendido y dicharachero. Hace bromas y cuenta de la vez cuando llegó de visita Robertío, intelectual que se tiene muy en cuenta a sí mismo porque en los Estados Unidos cada año le confían un grupo de jóvenes gringuitos a los que guía, como baquiano en medio de la selva, a través de alguno de estos paupérrimos países. Dice que llegó muy circunspecto y fue, también él, invitado a tomar sopa de caracol a la casa de la Peque, la misma en donde ahora bajan mangos a porrazos. La anfitriona de la casa se acercó y le preguntó, curiosa: ¿Así que usted es el famoso Robertío?, a lo cual no supo que contestar el amigo. Se retuercen de la risa, irreverentes, y hacen comentarios con los que el ahora doctor no se divertiría. Le estarán ardiendo las orejas, comenta ella moviendo sus piernitas y zarandeándose en la silla.

Deciden llevar a Jorge al lugar donde dormirá durante el tiempo que pase en la ciudad. Es así como llegan a la casa del poeta. Desde

la puerta se ve la Sierra Arcadia que se mantiene impoluta a duras penas porque sus laderas boscosas son ambicionadas para hacer quintas de lujo. Eso le cuentan a Jorge, quien contempla las no muy altas cumbres que le recuerdan en algo el lugar en donde vive, un sitio en el que llueve casi todo el año y la naturaleza crece feraz por todas partes. Es, tal vez, de los pocos sitios que conoce donde se siente a gusto, reconciliado consigo mismo con el sonido del viento entre los árboles, la lejanía de cierta voz humana resonando entre el bosque o el nítido canto de algún pájaro en la mañana luminosa. Acá, la floresta es menos húmeda, un poco más rala. El verde es de todas formas bienvenido por la sensación de frescura que transmite.

La casa del poeta le recuerda a Jorge otras que ya ha conocido antes. Son de hombres que viven solos, a quienes los menesteres del hogar se les transforman en una tortura insuperable. En su habitación oscura tiene un aparato de aire acondicionado que lo mantiene frío. Es un lugar totalmente distinto al entorno. Afuera, el resplandor del sol es tan fuerte que lastima los ojos. En el cuarto todo es fresco; son dos mundos colindantes pero distantes. Estando adentro uno puede olvidarse de dónde está y en qué momento del día. Salir de ahí puede ser un golpe para los sentidos, tal es el vaho que se encuentra en cuanto se abre la puerta. Recuerda una revista extranjera para niños que vio hace muchos años, donde decían que estas costas no eran aptas para la vida. Entonces le pareció fuera de tono la idea, pero ahora lo piensa dos veces. No sabe si podría vivir en ese horno candente que es la ciudad de San José Urlán en el mes de junio. ¿Hay algún momento en que el clima sea más fresco?, pregunta compungido, pero la respuesta que recibe no lo alienta mucho: en diciembre es un poco más fresco, pero no mucho.

Jorge se pregunta cómo puede el poeta escribir sus versos luminosos en ese sitio en donde la Sierra Arcadia, a la que parece querer tanto porque la alaba permanentemente, no se ve ni por casualidad. Es como estar en una cripta, protegido del clima pero separado de lo que le inspira. ¿Será que esa situación hace que idealice lo que canta?, se pregunta, mientras siente crecer no solo su admiración hacia el poeta, que puede escribir en esas circunstancias tan adversas, y por la cual se plantea también su recóndita necesidad de protegerlo.

Una vez visto el lugar en donde pasará la noche, deja el pequeño maletín, que es todo su equipaje, encima de la cama. Como está cayendo la tarde, se proponen salir a buscar un sitio para comer y luego le mostrarán la ciudad nocturna. El poeta no hace la menor alusión a lo que motivó el viaje y, más bien, traza el itinerario de las próximas horas. Parece estar muy contento de tener la compañía de su amigo esa noche, y le emociona lo que puedan hacer juntos. Jorge, que había hecho el viaje preocupado por la situación en la que creía que lo encontraría, respira cada vez más aliviado porque es evidente que el problema no debe ser muy grave. Abordan, pues, nuevamente, el desvencijado transporte del juglar josefino, mientras la Peque se marcha en busca de su propio carro, aquel que ella denomina la saeta veloz de San José Urlán. También ahí adentro hay aire acondicionado, y encerrados como en una pecera ven el mundo exterior en el que todos se deshidratan. Se está bien ahí adentro, se puede pensar más claro, hasta tener alguna salida ingeniosa.

Inician un tour por las principales avenidas que se encuentran flanqueadas por centros comerciales y restaurantes de comidas rápidas. El recorrido incluye pasar por algunos de los sitios peligrosos de

esa ciudad en la que las pandillas hacen y deshacen a su antojo. Son barrios pobremente iluminados, con árboles escuálidos y lastimados y aceras polvorientas en las que los muchachos se agrupan en las esquinas o en algunos negocios de juegos computarizados. Todos visiten pantalones flojos que dejan ver la ropa interior que traen debajo, zapatos deportivos de grandes suelas de goma y camisetas con letreros en inglés que seguramente ni el que las porta sabe qué dicen. Tienen tatuados los brazos, el cuello y el rostro con dibujos míticos, mujeres exuberantes o nombres de novias pasajeras. Giran en torno a luces mortecinas y, desde el carro cerrado, se oye a lo lejos la música sincopada que los hace moverse cadenciosamente. Solo la avenida por donde van está asfaltada y más o menos bien iluminada; las callecitas laterales son de tierra, y en algunas se alcanza a ver las aguas negras que corren por todas partes. El poeta no oculta su desagrado y la emprende contra el gobierno y los ricos que viven en las faldas de la Sierra Arcadia. Otros lo habrían llevado a ver los barrios de gente que lleva una vida boyante y dispendiosa. Ya le ha pasado a Jorge en otras latitudes cercanas. Muchos años antes, en la entonces recién destruida ciudad de Managua, fue paseado durante horas por los barrios en los que vivía la gente que después salió en estampida. Eran apacibles, limpios, llenos de vegetación y casas bellas. Sus anfitriones mostraban con admiración y tono ilusionado, desde sus carritos usados importados de los Estados Unidos, las mansiones que apenas se adivinaban tras las bardas. De vez en cuando identificaban la que habitaba algún personaje conocido, alguien que figuraba en los tabloides que circulaban por la ciudad destruida. Ahora, mientras observan, el poeta cuenta del pánico que cundió en la universidad privada donde trabaja cuando corrió el rumor que una banda de muchachos se dirigía hacia ahí furiosa. Las seño-

ras se atropellaban por los pasillos tratando de ganar el parqueo en donde tenían estacionados sus carros. Todo terminó siendo una alarma falsa pero el campus quedó totalmente desierto y desordenado como si hubiera pasado una estampida de elefantes. Nada hace presagiar acontecimientos como ese la noche en que saca a Jorge a conocer la urbe. Las luces mortecinas de las farolas, los vidrios subidos del automóvil no permiten sino intuir que ahí afuera se gesta una hecatombe que tal vez en algún momento arrase como marabunta con todo lo que se le oponga. Además, el poeta pasa rápido, temeroso a pesar de las risotadas que ha soltado al recordar la batahola de unos días antes.

Se detienen y entran a un restaurante en el que los comensales pueden cantar al son de música de fondo con una pantalla al frente en donde aparece el texto de una canción. Hay poca gente aún en comparación con la que llegará más tarde. El poeta ha llegado a un lugar al que asiste con frecuencia porque le saludan efusivamente quienes se encuentran en la barra y uno que atiende a los comensales. Pide solamente un vaso de agua transparente que ipso facto le llevan a la mesa. Es para aclararse la voz cuando cante o entre canción y canción. Le llevan un menú de baladas o algo parecido. Es un cartapacio forrado en plástico color negro en cuyo interior hay varias páginas con un listado de canciones que deben ser más de doscientas. El poeta lo recorre de arriba para abajo febrilmente. Jorge no sabe por qué el amigo se ha tornado ansioso, se nota a ojos vista que le carcomen los nervios. En unos papelitos que le han dado junto con el cartapacio escribe los nombres de lo que cantará quien ahora deja la vena poética para pasar a ser cantante. Es ésta también una muestra de su sensibilidad artística, su personalidad oculta recovecos impensados. Mientras hace estas reflexiones, Jorge ve cómo llena pa-

pelito tras pelito juntándolos todos en una pequeña torre que la Peque –que ya se ha unido a ellos-, escrupulosa, mantiene ordenada. Como los comensales apenas están llegando nadie le disputa la carpeta, y aunque se nota que querría seguir llenando papelitos se detiene. Pareciera que teme que alguien se le adelante pidiendo el micrófono con el que, quien canta, deleita a la concurrencia. Es ya un veterano en esas lides y conoce del ambiente, se maneja con bastante soltura, como quien está en un espacio familiar en el que no teme equivocarse.

Es la Peque la encomendada para llevar los papeles con los nombres de las canciones, que serán ejecutadas, hasta una cabina semioculta situada detrás del mostrador donde se sirven tragos y refrescos.

Nuestro juglar se pone tenso, en alerta, esperando que de un momento a otro tiren la música al ruedo y él deba lanzarse a pista. Se sube los lentes, toma un sorbo de agua, ve fijamente a la pantalla. De pronto, las primeras notas inundan la sala. Jorge, ignorante como es, poseedor de un pésimo oído, no reconoce de cuál pieza se trata. El otro carraspea brevemente tapando el micrófono del aparato y deja ir la voz mudando el semblante que toma un cariz medio alelado. No canta mal el poeta. Unas señoras entraditas en años y kilogramos, que se han sentado en una mesa contigua, vuelven a ver con ojos acaramelados. El ahora cantante se ve reconfortado y asume una posición que es evidentemente más confiada. Se acomoda en la silla sin dejar de ver a la pantalla en donde le van dictando la letra que está en inglés. Sabe ese idioma, es uno de sus más manifiestos orgullos y se esmera en la pronunciación que tiene como modelo los viejos filmes del viejo Oeste norteamericano. A estas alturas, piensa Jorge,

debe sentirse cantando en un escenario cualquiera de la ciudad de Las Vegas. Su voz es melodiosa, no cabe duda, y su pronunciación se defiende aquí, en San José Urlán, y le pone sentimiento a lo que está diciendo. Las señoras de la mesa contigua ya no se conforman con verlo sino que han pasado a animarlo con grititos sabiamente distribuidos que no interrumpen sino que le dan contexto a lo que canta. Otras, solas o acompañadas, se ve que han sido tocadas aunque no sean tan demostrativas de su emoción como el trío vecino.

Termina la primera canción. No quiere ser pedante o mostrar falso engolamiento pues da muestras de no darle importancia a los aplausos y deja pasar de largo las felicitaciones del amigo. Viene otra canción y luego otra. Se encadenan cinco, seis o siete, Jorge pierde la cuenta. El hombre va tomando confianza y cada vez le sale más segura la voz con la que empieza a hacer requiebros, floritura y aterciopelamientos cuyos modelos son los intérpretes originales de las piezas que interpreta. Tiene preferidos, le gustan los románticos italianos de los años setenta. Está en su salsa cada vez más seguro y entusiasmado, pero nada es para siempre. Alguien insensible, ajeno al halo que ya genera en torno a él, pide el micrófono al fondo del salón, lejos de donde están ellos. A la administración del restaurante no le queda otra alternativa que acercase y pedirle el micrófono con cortesía. El que canta ahora lo hace insultantemente, como una afrenta. No existe punto de comparación con el poeta que, acostumbrado como está a estas circunstancias, parece no darle importancia al hecho de haber sido sustituido por alguien que no le llega ni a los calcañares.

Aprovecha la interrupción para comentarle a Jorge que ha cantado de forma exclusiva en algunos lugares en donde lo han contra-

tado como profesional de la canción. Nunca ahí, en donde vive, sino en lugares lejanos como un crucero en el que no le queda claro a Jorge por qué se encontraba embarcado, o en un hotel de lujo en Puerto Vallarta en donde consiguió hospedaje y alimentación gratis a cambio de cantar dos o tres horas por las noches en el restaurante del hotel en donde ya se encontraba de previo. Jorge lo oye incrédulo, no sabe si son historias verdaderas o forman parte de las fabulaciones a las que es propensa la gente de imaginación frondosa. La Peque parece no darle importancia a lo que dice, no se sabe si porque ya conoce las historias o porque no le cree un comino a aquel para quien funge de asistente, representante y manager. Mira para todos lados, incluso a las tres veteranas que entre risitas y miraditas perdidas siguen dándole pelota al poeta que se hace el desentendido. Debe estar acostumbrado a que las mujeres se sientan atraídas por su voz.

De pronto da un pequeño golpe sobre la mesa con la mano abierta. Es la señal para que partan. Habiendo perdido el protagonismo y mostrado suficientemente sus cualidades de cantante, ya no tiene interés por el lugar en el que están y decide que deben marcharse. Afuera, la Peque se despide porque dice que es muy tarde pues ya son cerca de las nueve de la noche. Se va luego de hacer un comentario sobre un árbol cargado de mangos que se encuentra en el parque y que dice que pertenece a una especie que es dulcísima. Su carro es una reliquia que nos cuenta que alguien le quiso comprar, tras detenerla en plena carretera, para una colección de carros antiguos. No está segura si era en serio o en broma. Jorge cree que fue broma porque el carro no es viejo aunque se encuentra en estado lamentable. Una vez acomodada en el asiento del conductor da marcha atrás, endereza y se va. La ven partir y se quedan esperando hasta

que se pierde al doblar una esquina. Sienten un vacío ahora que se ha ido, porque es una de esas personas a las que se les presta poca atención cuando están presentes pero a las que se extraña cuando no están. Para el poeta es imprescindible; Jorge casi se atrevería a pensar que sin ella estaría perdido por lo torpe que es para todos los menesteres cotidianos. Ella tiene la paciencia necesaria para ordenarlo, soportar sus impertinencias o calmarlo cuando, por alguna razón, se enoja más de la cuenta -cosa que parece suceder con frecuencia-. Sin ella, es como un niño a la deriva.

Se quedan solos. Tengo hambre, dice el poeta, y hace gesto de fiera olfateando el aire en donde se siente el rastro de la presa que será su cena. Decide que irán a comer al único lugar que a esa hora sirve vegetales en la ciudad, un restaurante de comidas rápidas de marca muy conocida. Le encantan las ensaladas bien regadas con las diferentes salsas que ahí sirven y sin dilación ponen proa hacia el lugar, que es reconocible desde lejos por la insignia que lo distingue en medio de la noche. Adentro todo parece igual a cualquier restaurante de la misma cadena en cualquier parte del mundo, Pero sí hay algunas diferencias porque acá el servicio es lentísimo: tardan una infinidad trayendo los platos adecuados para que se sirvan ensalada, y sólo lo hacen hasta después de que el poeta enfurecido se levanta y reclama airadamente. Sólo a latigazos entienden estos cabrones, sentencia lapidariamente. Se sirve en un plato una torre de lechuga, brócoli, arvejas, remolacha picada en trocitos diminutos y zanahoria rallada. Le agrega su salsa predilecta. Este es otro lugar al que viene con frecuencia porque se mueve libre y ágilmente, con confianza, como habiendo calculado ya en otro momento las dimensiones del estrecho lugar donde se encuentran. Alrededor de ellos familias enteras comen pizza y toman líquidos oscuros en vasos gigantescos que

uno duda que puedan ser ingeridos por diminutos seres humanos de apenas cuatro o cinco años. Pero se los tragan. También hay parejas de enamorados que se besan con los labios engrasados por el pan con ajo que les han servido. Los comensales son variados, no así los meseros y meseras uniformados; llevan gorra de beisbolista, camisa de colores chillantes y son muy jóvenes. Unos barren mientras otros pasan paños húmedos al piso para que se mantenga todo limpio y reluciente. Recogen prestamente los restos que dejan en la mesa los comensales que se van; no tienen que hacer mucho esfuerzo: todo es desechable, no hay vasos, cubiertos ni platos para lavar. El poeta da cuenta rápidamente de su ración de ensalada y parte a servirse una nueva torre de vegetales. Hace una pequeña cola y luego desfila frente a los recipientes en los que se encuentra el secreto de la eterna juventud, la garantía del ágil pensar, el fundamento de la figura perfecta. De hacer promoción de esta filosofía se encarga mientras come y cuenta que hasta hace pocos meses no era sino uno más de los que ingieren cualquier tipo de alimento sin parar mientes en las consecuencias de lo que hacen. Tenía insomnio, pesadillas cuando lograba conciliar el sueño; le costaba concentrarse, ostentaba un mal humor que se había hecho proverbial entre los que lo rodeaban y una digestión de perro. No soportaba más. Había acudido a todo tipo de médicos, paramédicos y brujos disponibles. Nada le daba resultado. Hizo tratamientos, tomó medicamentos, se hizo un análisis psicológico en el que resultó que el culpable de todo era el padre que le había hecho cosas innombrables cuando era un niño, enfrentó el problema como le dijo el analista pero siguió sin poder conciliar el sueño y peleándose con todo mundo en el trabajo, con los hijos y los vecinos. La solución llegó como por encanto, sin que la buscara, casualmente, a través de una mujer a quien cortejaba. Muy largo de explicar cómo

fue la cosa, le dijo a Jorge, pero aquí me tenés habiendo encontrado la piedra filosofal, el vellocino de oro.

Seguramente tiene obsesiones y manías más acentuadas que quienes lo rodean, pero algo de cierto debe de haber en la cura que ha conseguido con el nuevo régimen que lleva. Como se ve, ahora dice ser vegetariano a muerte y ocho horas después de haberse encontrado con él, Jorge atestiguaría que lo es indubitablemente. Devora su segunda ensalada con un apetito digno de más nobles y sustanciosos alimentos. Abre una boca descomunal acostumbrada a la carne asada para llevarse una humilde lechuguita a la boca, y parece satisfecho una vez que ha concluido la segunda arremetida vegetariana.

Falta un último recorrido, esta vez para mostrarle a Jorge un par de casas, de mejor ver que la que tiene ahora, en las que antes vivió. Pareciera que el poeta necesita evidenciar que no siempre habitó en una casa tan precaria como la que tiene ahora. Una de ellas fue de su plena propiedad antes de abandonar el hogar en donde había criado tres hijos y una hija. Que no pudo más, cuenta agobiado por los recuerdos de esos años, y llegó a la desesperación con la que fuera su primera esposa, mujer que nunca comprendió su vocación de artista, la vida que llevan los que son más sensibles y se enfrentan conflictivamente al mundo. Ahora la casa está alquilada y niños desconocidos juegan en el garaje mientras una mujer y un hombre, que deben ser los que pagan la renta, se bambolean en sus respectivas mecedoras. Se trata de una urbanización de clase media un poco venida a menos, de calles mal alumbradas y pavimento averiado. Se detiene un momento frente a la casa. A pesar de que dice sentirse a gusto con el estado al que accedió una vez que, hace ya

más de diez años, se divorció, Jorge no puede dejar de percibir en él un leve tono de melancolía. De la antigua casa familiar se trasladan a otra, en un barrio elegante de la ciudad. Es de dos pisos tras una barda blanca de la que sobresale follaje en abundancia y donde vive una de las amantes millonarias que empezará a enumerar, casi sin parar, desde entonces hasta que se separen esa noche. Mujeres de grandes recursos están en la lista: banqueras, comerciantes y políticas cayeron en las redes de los encantos del poeta, pero con ninguna pudo tener una relación muy duradera. Le cuenta a Jorge: la banquera era loca, le compró un automóvil de lujo, lo ubicó en el segundo piso de su mansión equipada con televisión de pantalla gigante y sonido cuadrafónico que lo obnubiló durante quince días, y puso a su disposición un potente computador. Escribí, pues, le dijo la dama enfebrecida, pensando que había logrado enjaular al cardenal del emperador, aquí tenés todo lo que necesitás y si querés otra cosa sólo me lo decís, lo cual le sonó al poeta como que lo hubieran insultado o maldecido, y a partir de ese momento se le secó totalmente la llama de la inspiración, las ansias de cantarle a la amada, que en ese caso coincidía con su carcelera, y sintió que se ahogaba en la casa climatizada en la que estaba. Después de dos meses en los que no escribió absolutamente ningún verso, fue echado violentamente del paraíso. El ángel no esgrimió esta vez espada de fuego sino una escoba made in USA comprada en el Price Smart de San José Urlán, que blandió iracunda sobre la cabeza del juglar quien, horrorizado, dejó en el closet de la mujer las escasas pertenencias que había llevado a su jaula de oro, y salió corriendo colina abajo hacia su casa.

Más de dos horas pasó enumerando y describiendo a las que fueron presa de sus encantos. Había para todos los gustos y necesidades pero él las enumeraba fríamente, como un contador sacando

las cuentas del debe y el haber. Era evidente que no habían sido ellas las inspiradoras de los inflamados versos que le habían dado notoriedad más allá de las calientes tierras que habitaba. Llegaron a la casa donde se quedaría Jorge, entraron, se sentaron y continuó agregando nombres a la lista, describiendo hazañas y tropiezos en un tono épico que iba subiendo poco a poco. Solo se detuvo un momento para tomar un vaso de agua y siguió adelante. Les dieron las once y las doce de la noche. Estaba emocionado, tal vez porque no había tenido a quien contarle todas esas peripecias y por fin podía compartir el torrente que estaba represado en algún lugar de su alma. No omitió detalles, fechas y descripción de los más variados lugares, todo salpicado de anécdotas picantes y divertidas. Había recorrido arrasadoramente por lo menos tres continentes. Todas lo habían amado y eran poseedoras de cuerpos esculturales, de características que las hacían especiales, dignas de ser tomadas en cuenta. Había tenido suerte pues, todavía ahora, cuando el destino parecía haberle dado caza, algunas llegaban hasta su humilde hogar y se prodigaban incluso en menesteres pedestres como arreglarle un poco la casa. Así son las mujeres, no pueden dejar de lado el instinto hogareño, reflexionó, y seguramente le vendría bien darle una aspirada a la pipa que fumó durante muchos años pero que ahora, viviendo la vida sana, había dejado. De pronto queda en suspenso, como reflexionando o recordando. Parece que ha llegado el momento esperado y que abrirá su corazón pero no, con un golpe en la pierna se pone de pie y da las últimas indicaciones antes de partir a otro sitio en donde pasará la noche: que se cierren bien puertas y ventanas, con llave, que no se abra la puerta a desconocidos, que no se deje sola la casa por ningún motivo. Es necesario extremar las precauciones, sentencia, ante el incremento que ha habido de los robos, los asesinatos, la vio-

lencia en los últimos años. Al salir otea el horizonte como tratando de detectar algún peligro latente que le esté oculto al resto de los sentidos. Sube al auto y se marcha en medio de una nube de polvo: la calle que pasa frente a su casa no está asfaltada.

Es madrugada en la ciudad de San José Urlán y nada se mueve porque la gente duerme y no hay ni una pizca de viento. Adentro de la casa el calor no cede ni aun a esas horas, y ningún aparato que ventile funciona a no ser el aire acondicionado de la habitación en donde dormirá esa noche. Lo primero que hace Jorge es apagarlo. Cesa el ronroneo y sobreviene el silencio. Afuera se oyen los grillos, algún perro que ladra, el ulular lejano de una sirena; la Sierra Arcadia parece más prístina en el horizonte cercano. Reconoce sonidos y aromas y empieza a integrar a la ciudad lo que le es familiar, lo que ya ha vivido antes pero sin el sonido de las máquinas. Desoyendo las recomendaciones, camina unos pasos por la calle y curioseas en los jardines vecinos; en algún lugar hay jazmines que perfuman la noche y le traen recuerdos lejanos y borrosos. Ha sido un largo día y las emociones se le agolpan. A pesar del cansancio no siente sueño y, si no fuera tan tarde, tal vez se sentaría a la mesa y escribiría. Pero quedan pocas horas para que el poeta esté de vuelta porque ha anunciado que se levanta casi con el alba, haya dormido bien o no, y que cerca de las seis y treinta de la mañana tiene programado salir. Siendo así las cosas, seguramente llegará como a las siete de la mañana por lo que Jorge se va a la cama e intenta dormir.

Abre los ojos a las cinco de la mañana con cincuenta minutos. San José Urlán es un desierto a esas horas del domingo, cuando todos aprovechan para alargar un rato más el sueño, y piensa que seguramente el poeta se equivocó, despistado como es, y no se acordó

del día que era y por eso le dijo que llegaría tan de mañana. Lo podrá comprobar más tarde, cuando pasen las horas y no aparezca pero, mientras tanto, cree aún que en unos minutos hará acto de presencia y se ducha y acicala concienzudamente, de tal forma de estar listo unos cinco minutos antes de la hora en la que había anunciado que llegaría. Pero cuál no sería su sorpresa cuando tal hora llegó y pasó, y no fue sino hasta pasadas las diez de la mañana cuando se hizo anunciar con el estridente pito del carro. Entró al patio delantero envuelto en la misma nube de polvo blanco con la que se había ido, mientras gesticulaba sonriente detrás del vidrio de la ventanilla que mantenía arriba porque, seguramente, venía gozando de ambiente climatizado adentro. Bajó entusiasmado, entre otras cosas, dijo, porque sus hijos se habían animado a limpiarle el carro y le echaron agua con una manguera, lo cual no tenía por qué ser advertido ya que era evidente a simple vista, aunque después de haber transitado por la consabida calle que pasa al frente a la casa ya había sido cubierto nuevamente por la polvareda. Lo importante no era, pensó en ese momento Jorge, que el carro estuviera limpio, sino que el poeta se sintiera contento, por lo que se abstuvo de hacer algún comentario sobre el hecho de que la reciente lavada se había echado a perder con gran premura, situación que, por demás, no era de extrañar en esa urbe en donde abundan las calles de tierra o mal pavimentadas. Así que lo recibió con muestras de alegría y comenzaron a conversar, que era lo que hacían más y mejor estos dos amigos, sentados en la sala amueblada con sendos sillones que la hija del poeta había catalogado como forrados con piel de cocodrilo, dada la rudeza de la tela.

Ahora sí venía con el filón de la confianza a flor de piel porque no fue más que sentarse y empezar a contar lo que le había sucedido y era la razón para que hubiera llamado a Jorge. Resulta que

hacía varios años se había casado de nuevo, pero de manera sui géneris porque su esposa no vivía con él, ya no digamos en la misma casa sino en el mismo país, y así llevaban ya casi siete años, lo cual los ponía en una situación incómoda. La había conocido lejos, mientras hacía uno de esos viajes a los que su condición de poeta exitoso le hacía acreedor. Fue un flechazo instantáneo que, como hombre sensible propenso a dejarse llevar por los sentimientos, no pudo resistir. Como era de esperarse, resultaron ser distintos: él dicharachero, bohemio, alegre y ateo hasta la muerte. Ella profesional aplicada, retraída y ferviente creyente, a tal punto que hubo que pedir dispensa al Vaticano para poder casarse pues ya había hecho votos para entregarse al Señor en cuerpo y alma. Se veían durante las vacaciones, que generalmente coincidían porque ambos eran profesores y los ciclos lectivos en ambos países eran bastante parecidos. Viajando juntos la pasaban de maravillas y así estuvieron en España, México, Puerto Rico y muchos otros lugares. Ella le fue tomando gusto a la costumbre inveterada del poeta de cantar en cuanto karaoke se le pusiera al frente, y él aceptó sin mucho remilgo la necesidad de ella de ir a misa por lo menos los domingos y fiestas de guardar. Algo se quebró, sin embargo, entre ellos. Hacía ya un año que no se veían, aunque conversaban a diario a través de ese maravilloso invento que es el Internet, maestro, y es como si la otra persona estuviera con vos, ahí cerquita. Compungido, había decidido divorciarse, pero no estaba seguro porque quería saber qué le parecía a Jorge, oír una segunda opinión, como queriendo encontrar a alguien que le dijera no, hombre, no te divorciés, no ves que tenés el matrimonio perfecto viendo a tu mujer solo en el tiempo del relax y la diversión. Así que, después de relatarle todo, se queda a la expectativa, viendo ansiosamente a Jorge, esperando una opinión que lo sacara de la duda de

qué hacer, y el otro, sí, le dice lo que piensa: Maestro de maestros, no te apresurés con estas cosas, es mejor que lo conversés despacio con ella y tomen una decisión de mutuo acuerdo pero con calma, no atropelladamente, lo cual lo alegró de tal forma que inmediatamente mudó de cara, se le vio entusiasmado, alegre, lleno de energía, como si le quitaran un peso de encima que hubiera venido cargando desde mucho tiempo atrás.

Esta era, pues, la causa que lo había hecho venir y que el poeta tenía atorada entre pecho y espalda. Seguramente fueron muchas las horas que pasó en vela dándole vueltas al problema, y debe de haber llegado un momento en que no soportó más llevarla solo. Por eso había acudido a él, amigo del alma, conocedor de sus recovecos íntimos, que seguramente sabría darle el consejo acertado que necesitaba.

Impulsivo, de pronto decide que no puede esperar más y que debe comunicarle a su esposa la decisión a la que ha llegado, que es ni más ni menos la de suspender todos los trámites que venía realizando para el divorcio y animarla para que, en el término de la distancia, se haga presente en San José Urlán. Toma decisiones radicales de forma tajante y sin meditarlas mucho. No es momento, sin embargo, para ponerse a cavilar sobre esos rasgos de su personalidad porque está eufórico y no quiere sino encontrar un lugar en donde conectarse, dice él, para conversar con la que ahora ha pasado a ocupar el rango de mujer insustituible, comprensiva de sus continuas y exaltadas locuras, lo reconoce ahora ¿cómo pudo estar tan ciego? Es una mujer que evidentemente lo quiere como seguramente no lo querrá nadie más y no puede dejarla ir tan fácilmente de su vida, abandonarla en el camino sin valorar todo lo que, a pesar de las dife-

rencias, ella le da sin pedir nada a cambio. Maestro, le dice a Jorge abrazándolo, me has hecho ver la luz y pone en su boca palabras que él no ha dicho pero que en su euforia le atribuye, por lo que Jorge es elevado al rango de salvador del naufragio matrimonial que estaba por consumarse. Feliz como está, el poeta decide no escatimar en gastos, y hace inmediatamente una llamada de larga distancia por teléfono. Siendo domingo por la mañana la encuentra en su apartamento que, según le contará después a Jorge, mira directamente al mar a través de un ventanal grande que al mismo tiempo lo airea. No le da mucho tiempo para reaccionar y le lanza la buena nueva: no hay divorcio, lo ha pensado bien con la ayuda de un amigo llegado del extranjero, quien le ha hecho ver su equivocación, la metida de pata que estaba a punto de llevar a cabo por irreflexivo, por el ímpetu puesto en sus decisiones. Sobreviene un silencio mientras escucha lo que le contestan al otro lado. Sonríe, asiente, emite algunos sonidos inconexos. La contraparte parece estar de acuerdo en lo que está planteando. De pronto se vuelve y le pasa la bocina a Jorge, quiere hablar con vos, le dice alegre, con los ojos chispeantes mientras extiende el brazo en donde sostiene el aparato. Jorge escucha una voz cantarina y alegre, ¡Qué sorpresa me han dado!, dice la voz sin rostro que se dirige a él. ¡Es un verdadero domingo! agrega, y a continuación pide disculpas por lo que considera que es una salida de tono de su parte por no saludar primero, presentarse como debe ser ante alguien con quien no ha intercambiado nunca ni una palabra, ni siquiera una letra. De lo que le dice la mujer deduce que el poeta es un pilluelo, un loco dice ella entre risas como celebrando la travesura de un niño, alguien que ya no tiene remedio. El poeta mientras tanto ríe a mandíbula batiente celebrando la caracterización que de él hace aquella que estaba condenada a ser su ex-esposa hasta no hace más

de media hora, aplaude jubiloso como un pequeño que ha conseguido ser invitado a la fiesta más esperada del año. Le hace señas a Jorge de que debe dejar el teléfono, acordate que es una llamada de larga distancia le dice, con lo que rápidamente se despide y pasa el auricular que inmediatamente y sin mayores formalismos es colgado.

El poeta gira 90 grados sobre su propio eje apoyándose en los talones y le espeta a Jorge de improviso: viene para acá, Maestro, tenés que quedarte unos días más para que hablemos con ella. Te ha nombrado nuestro intermediario oficial en este difícil trance. No valen las protestas ni la retahíla de excusas que Jorge dispara tratando de zafarse del compromiso en el que lo ponen. Él debe quedarse, le dice, es su obligación de amigo, una forma de hacer su buena acción del día, así como el poeta hacía una diaria cuando fue boy scout en su ya lejana infancia. Jorge no fue nunca boy scout y siempre le fueron antipáticos pero al poeta eso le importa un comino ahora que se le metió entre ceja y ceja que debe estar presente cuando llegue la amada esposa. Pensar en prolongar su estadía en sitio de tan agotador calor se le hace cuesta arriba. Pregunta, ya en trance de ceder ante la implacable insistencia, que cuándo llega aquélla ante quien deberá fungir de mediador amoroso y como respuesta recibe un encogimiento de hombros pues ella aún no ha tenido tiempo de averiguar de vuelos aéreos que la acerquen. Es lógico, su pregunta es tonta. La pobre mujer apenas ha recibido la noticia el domingo de mañana y no ha podido hacer ninguna averiguación al respecto. El poeta está feliz. Propone ir a casa de la Peque a darle la buena nueva y, de paso, invitarla a almorzar en alguna parte porque ya va siendo hora de que coman algo. Subidos en el carro del poeta, convenientemente refrigerados, se alejan de la casa, que ha quedado bajo

cuatro llaves, entre la eterna acompañante que es la nube de polvo blanco.

El poeta pasa a un nuevo estadio de su entusiasmo en la sala de la casa de la Peque y enumera a viva voz las ventajas de la vida matrimonial. Ésta le dice en voz baja a Jorge que el hombre no tiene remedio, que a cada rato le pasa lo de ahora y que su mujer ya sabe de los vaivenes de su estado de ánimo. El hombre está loco, dice, abriendo desorbitadamente los ojos y moviendo la mano de forma circular al lado de la cabeza, esto le va a durar un tiempo y después volverá a las andadas y querrá dejarla de nuevo, comenta riendo. Para ella todo esto es pan comido y lo toma con espíritu deportivo, alegremente, sin darle mucha importancia a lo que el hombre sigue recitando a voz en cuello. Callate, le dice entre risas, ¿no ves que vas a despertar a los vecinos?, a pesar de que ya son las once y veinte de la mañana y parece ser que la vida bulle en las inmediaciones de la vivienda. Mientras se arregla para salir a comer indica que ha hecho un delicioso refresco de mango que está frío en el refrigerador, listo para que beban. Conoce bien al bardo, le tiene tomado el tiempo. Sabe perfectamente que eso lo desviará del tema al que ahora se refiere obsesivamente dado el gusto que tiene por el maravilloso néctar que le ofrece. Así es, efectivamente. Primero saborea el jugo amarillo, lo paladea estruendosamente y después inicia un canto al mango, fruta del Edén, según dice, tan maravillosa a la vista que puede ser puesta como parte de la decoración de cualquier vivienda junto a los bananos amarillos, los caimitos morados y la papaya anaranjada, de sabor tan atractivo que Dios debió pensar en ella en vez de en la so-sa manzana para tentar a Adán y Eva. No cabe duda de que el poeta tiene una visión alegórica y fecunda de la realidad que le rodea. Puesto a grabar lo que decía, Jorge habría podido recoger un canto

al mango, a la fruta tropical en su conjunto dada la elegía que hace de su sabor, de su color, de su forma y hasta de cómo ponen un toque alegre en el a veces monótono dominio del verde en la naturaleza exuberante en la que brotan. El poeta puede ser un poco chiflado, loco como dice la Peque, o tocado, no importa cómo se le denomine, pero que tiene el don de transformar lo que pasa por sus sentidos en canto, alegoría o verso nadie en su sano juicio puede negarlo. Entusiasmado como está ahora por el giro que han tomado los acontecimientos, rota la represa de emociones que seguramente tenía por la situación sentimental que estaba viviendo. Su mente hilvana florituras una tras otra que los dos que están con él escuchan un poco divertidos y otro poco admirados de la capacidad fabuladora, de la posibilidad de conexiones metafóricas que exhibe quien, en el centro de la sala hace grandes y ostentosos ademanes en la penumbra, dada la condición sombreada de la casa de la Peque. Ésta recuerda la razón que los ha llevado hasta su humilde morada, la comida, y ni corta ni perezosa se los recuerda en cuanto el cantor ofrece un momento de respiro a la audiencia. Éste, sin dejar de ofrecer el espectáculo que viene dando, abre la puerta y con ademanes ampulosos se inclina como un señor del medioevo, haciendo como si tuviera un sombrero emplumado en su mano y llevando la otra hacia su vientre. Salid, dice, utilizando una forma de hablar conforme con el papel que ha asumido en ese momento, y subíos a mi veloz corcel que os espera brioso a la puerta. No cabe duda de que los acontecimientos matutinos le han sentado de maravilla, que su humor cambió abruptamente y se encuentra en una onda positiva que permea todo lo que hace y dice.

Subidos en el carro deciden ir a comer a un centro comercial en donde se sirven comidas rápidas en un lugar al que llaman food

court, que a la gente de San José Urlán parece gustarle mucho dado el gentío aglomerado que ven al nomás llegar. Es que nadie cocina el fin de semana, arguye el poeta tratando de explicar lo que acontece, y se vienen aquí porque tienen variedad a precios módicos que a todos convienen dado el constante crecimiento de los precios, concluye con aire docto, mientras se dan a la tarea de buscar lo que les apetecería comer. A vista de pájaro se dan cuenta, que no es mucho lo que deben recorrer porque ya se saben de memoria lo que los tenderetes posmodernos ofertan a los viandantes. La Peque y el poeta se deciden por comida típica de San José Urlán, en un raptó nacionalista que seguramente lo que busca es neutralizar un poco la incomodidad que les provoca el estar en un lugar al que en sus diatribas como profesores desmerecen por ser expendio de comida chatarra, de mala calidad, que ofrece ganancias a trasnacionales extranjeras. Hecha la elección, tal vez por efectos de la euforia que aún le embarga, el poeta se receta una chuleta de cerdo de tamaño familiar con plátanos fritos y otros elementos no menos aceitosos como guarnición nada modesta. Ante la pregunta de Jorge respecto a su dieta vegetariana, a la que tan profundamente apegado parecía hasta la víspera, responde que el día domingo es de descanso en todo sentido, incluido el de la dieta, por lo que no guarda ninguna ese día. Pronto ataca con valentía lo que rebosa su plato de plástico, y ante la imposibilidad de dar cuenta como se debe de la chuleta con los endebles cubiertos del mismo material que le han dado, opta por tomar el pedazo de carne con las manos y darle un mordisco digno de un vikingo o de un rey-zuelo medieval después de la batalla. La Peque, que no por chica de estatura se queda atrás de aquél de la que es asistente, colaboradora cercana, secretaria y manager, también se ha servido un plato que daría envidia a cualquier camionero puesto a reponer fuerzas en un

comedor de camino. Ambos se abstraen del entorno bullanguero en el que los niños juegan con globos, los padres les corrigen en el más puro estilo pedagógico del porrazo, y las madres lanzan miraditas de soslayo a algún galán que se ha quedado viendo sus piernas impudicamente exhibidas por los pantaloncitos cortos de domingo. Es un gentío que alborota y habla al mismo tiempo, y que puede aturdir al más pintado. En medio de la muchedumbre el poeta alcanza a saludar a algunos conocidos, quienes, al levantar la mano, se hacen ver entre la gente. Uno a uno le va diciendo a Jorge de quién se trata, y describe con breves pinceladas algunos rasgos sobresalientes de su personalidad, su trabajo o su actividad cotidiana. No cruza palabra con nadie excepto con uno que se acerca para estrecharle la mano ceremoniosamente mientras sonrío y parece intentar congraciarse con él con palabras zalameras. Una vez ido, aclara que es un estudiante suyo que no avanza como debiera en las clases, y que no cabe duda que quiere quedar bien con él para ver si logra una nota más o menos decente al final del curso lectivo. Los demás se quedan clavados en su sitio, seguramente temerosos de levantarse y perderlo ya que en la periferia varias familias acechan impacientes por una mesa libre.

Una vez satisfecha el hambre vuelve sobre el tema de la esposa. Ahora ha descubierto que no puede vivir sin ella y ya está esperando con ansias que le comunique el día de su llegada. Lo dice no sólo con vehemencia sino con sinceridad. No recuerda que lleva un año sin verla y que estaba a punto de divorciarse hasta no hace más de dos horas. A la par de él, la Peque hace gestos con el rostro como diciendo, oílo, ya volvió sobre el tema. No se le da mucho respiro para evitar que su obsesiva personalidad los deje anclados en el tema por lo que queda del día y acto seguido se propone salir a recorrer el centro comercial.

A través de los pasillos se reproduce la aglomeración y el estilo desenfadado de los josefinos en día domingo. Inicia una reflexión al respecto pero se ve interrumpido por la visión de una casa comercial que anuncia distribuir suplementos vitamínicos naturales de todas las marcas, colores y tamaños. Dice necesitar uno e inmediatamente se precipita al interior para preguntar por él. La Peque, orientadora como siempre, le hace saber a Jorge que los suplementos del tipo que ahí se expenden son otra de sus obsesiones. Éste, mientras tanto, ya ha hecho que le dispongan en fila por lo menos media docena de productos que prometen acelerar el cerebro al mismo tiempo que descansa las neuronas, elevar el rendimiento sexual y obtener perfil apolíneo en menos de cuarenta y cinco días. La mujer que le atiende es una ágil vendedora que se sabe de memoria las propiedades de cada uno de los productos que despliega ante la vista, pero él tarda en decidirse. Sospechando que posiblemente lo que sucede es que necesita algo de lo que no se siente cómodo al pedirlo frente a ellos, Jorge le propone a la Peque dar una vuelta por el establecimiento vecino llamado Little Pet que vende cachorros de perro, ratas, pericos y comida para gatos. Efectivamente, no han pasado ni cinco minutos desde que lo dejaron solo cuando ya el poeta se les une con una pequeña bolsa blanca firmemente sostenida en la mano derecha. Sonríe satisfecho y es evidente que ha conseguido comprar lo que buscaba.

Frente a ellos, un letrero monumental de color rojo anuncia que el centro comercial en el que se encuentran dando vueltas se ha declarado protector de las artes y las letras. Como muestra palpable, un conjunto de cámara ejecuta a sus pies un popurrí de música latinoamericana que alguna gente escucha con atención. Hay que contenerlo: le enoja terriblemente lo que considera que es una manipulación comercial descarada y antojadiza. Los otros dos tratan de calmarlo

porque su disgusto va in crescendo y amenaza con transformar su reclamo en vociferación abierta y estentórea. Jamás, dice a voz en cuello, he recibido una pinche invitación de estos cabrones, y abunda sobre las características que debería tener su poesía para que en un lugar como ese la tomaran en cuenta. Inicia un discurso largo, enredado y enérgico que empieza a incomodar a los que le rodean y quieren escuchar la música de la orquesta que se encuentra ante ellos. Dice que no puede comprender cómo músicos que se precien pueden prestarse a esa farsa que llaman cultural. Considera traidores a los que en ese momento ejecutan ensimismados una pieza colombiana que Jorge recuerda que hace alusión a un señor que tiene su cafetal. Yo tengo mi cafetal... piensa Jorge tratando de recordar la letra a partir de la música que ejecutan frente a él. Es una ignominia, oye que dice el poeta, ahora sí, vociferante, y ve interrumpida la búsqueda de la letra que coincida con la música. Varias personas ven de forma poco amigable al poeta que levanta la mano derecha, donde tiene la bolsa blanca con el suplemento vitamínico que acaba de comprar, de forma amenazadora. En ese momento la Peque ejecuta decidida una acción suicida, lo toma enérgicamente del brazo y lo saca del redondel de gente que escucha. Todo ha sido muy rápido y Jorge apenas tiene tiempo de seguirlos. A unos diez metros del sitio de los acontecimientos, la mujer lo regaña abierta y contundentemente. El poeta, contrito, baja la cabeza y pide disculpas por el exabrupto. Dice que no ha podido contenerse, que se ha sentido personalmente ofendido y que es de temperamento enérgico.

Todo el episodio da pie para que él y la Peque inicien la rememoración de acontecimientos en los que han participado en el pasado. Según lo que relatan, ambos han sido de armas tomar y más de una vez, junto a otros, han puesto en jaque a las autoridades educa-

tivas, policiales y judiciales de San José Urlán. Están sentados en una banca de plástico que imita las de los parques de antaño. El poeta, de pie, relata escaramuzas en las que se batieron contra las fuerzas del orden que trataban de frenar sus ímpetus libertarios. Han tenido una vida agitada, piensa Jorge con admiración. La Peque, por su parte, asiente divertida a todo lo que el poeta cuenta arrobado con lujo de detalles. Se emociona con él, se alegra y se entristece en una relación simbiótica que evidencia lo cercanos y compenetrados que se encuentran. Ella retraída y con los pies en la tierra; él, extrovertido y colérico; como agua y aceite y, sin embargo, complementados sin roces, constata Jorge, como dos caras distintas de una misma moneda. ¿Cómo será, se pregunta, la relación de la Peque con la esposa de aquel que ahora se explaya frente a ambos contando con lujo de detalles las batallas en las que se han visto envueltos? No pasará mucho tiempo antes que conozca la respuesta porque, al día siguiente, a primera hora, llamará Alicia, la mujer del poeta, para comunicar la buena nueva: ha encontrado pasaje para esa misma noche y estará llegando a San José Urlán a las diez y treinta.

Transcurre la tarde de domingo sin mayores contratiempos, yendo y viniendo por centros comerciales en los que las familias pasean. Unos entran a los cines mientras otros simplemente dan vueltas viendo las vitrinas. Afuera, ya en el carro camino a la casa, enfrentan un atardecer tórrido que tiñe de rojo toda la ciudad.

II

El avión de Alicia llegó con un retraso de media hora. Antes, el poeta había protagonizado un incidente con una mujer a la que se le abalanzó creyendo que era su media naranja. ¡Putá, cómo ha cambiado en un año!, le dijo a Jorge, y se tiró sobre ella sin mayores trámites, mientras la mujer agarraba su bolso desesperadamente creyendo que era objeto de un atraco. Una vez pedidas las disculpas del caso -perdone, señora, creí que era mi esposa, le dijo a la incrédula que no se tragó que alguien podía olvidar cómo era su mujer- esperaron poniendo atención para no equivocarse de nuevo. Salió una excursión de ancianos de ojos azules vestidos con camisas de colores chillones decoradas con palmeras, conchas y leyendas alusivas a vivir la vida loca y cosas por el estilo; un grupo de muchachos con mochilas al hombro y tablas de surf; ejecutivos apresurados con maletines ad hoc para llevar todos los documentos que no pueden esperar a ser revisados hasta el lugar de destino y los maletincitos en donde va la laptop.

Estuvieron ahí de pie corroborando cada cierto tiempo la pantalla del televisor en donde se anunciaba la llegada de los vuelos. La

tensión crecía cada vez más. El poeta había pasado todo el día nervioso, a la expectativa, un poco malhumorado, lo cual se había dejado ver en su impaciencia con el tráfico y otros pequeños detalles, entre ellos, la forma poco cortés como había tratado a unos estudiantes que se le habían acercado, mientras caminaba con Jorge por uno de los pasillos del centro en donde trabajaba y a donde habían ido para que él lo conociera, para preguntarle sobre una tarea que debían entregar la semana siguiente. ¡No me jodan, les espetó impaciente, ya eso lo hablamos y quedó bien claro desde hace más de dos meses!, dijo mientras los muchachos se alejaban con el rabo entre las piernas. No hay que hablarle mucho, dijo la Peque cuando lo vio al juntarse para comer al medio día, en cualquier momento estalla y entonces sí que se arma la de San Quintín. Así que comieron en silencio salvo escasos comentarios hechos por formalidad para tratar de romper el hielo. El ambiente festivo del día anterior se había disipado totalmente y comían mirando al plato para no molestar o provocar la explosión de la que había prevenido la Peque. Conforme avanzó el día la temperatura de la olla de presión que era la del poeta fue subiendo, hasta que llegaron al aeropuerto y su ansiedad hizo que se equivocara tirándosele encima a quien no debía en la salida de los pasajeros que llegaban.

Cuando Alicia salió, casi a las once de la noche, el poeta estaba el límite. Había reclamado en un pequeño mostrador en donde una agencia de viajes particular daba información turística a los recién llegados y que no tenía conexión con el aeropuerto. Ante la insistencia del hombre, la exuberante muchacha que atendía el puesto le reiteraba de la mejor manera que ella no sabía nada de lo que le preguntaba, pero era inútil porque le llovían reclamos e imprecaciones por la informalidad de la línea aérea en la que juró que él no volvería

a viajar nunca más en su vida a pesar de ser, dijo, viajero frecuente, por lo que en el pasado había conseguido viajes gratis y jugosos descuentos.

Cuando Alicia apareció tras la vidriera arrastrando una maleta que casi le doblaba la estatura, pegó un brinco que por poco le hace tocar el techo con la cabeza. ¡Ahora sí, Maestro, esa sí es ella!, gritó emocionado teniendo la plena seguridad que esta vez no se equivocaba. Jorge se quedó a prudente distancia, tanto para evitar ser involucrado en un nuevo chasco como para dejarlos libres ya que se encontraban después de tanto tiempo. Se abrazaron prolongadamente, sin rastro alguno de ser la pareja en crisis que hacía menos de cuarenta y ocho horas estaban al borde de la separación definitiva. Después del abrazo ella buscó inmediatamente a Jorge con los ojos y al verlo exclamó emocionada: ¡Mi querido mediador!, haciendo alusión al papel que ya le habían asignado, y se lanzó a abrazarlo a él también.

El poeta cambió desde el primer momento. Se puso rígido, serio, aseñorado, dejó el ánimo festivo, el humor negro, la mirada sarcástica del mundo. Daba muestras de complacencia y alegría pero había algo en él que era diferente. Ya no estaba relajado como el día anterior cuando aún no sabía que llegaría la que de ahora en adelante sería catalogada como la razón de mi vida. Ella, feliz, no paró de hablar en ningún momento. Primero describió las condiciones del viaje, la turbulencia que habían tenido que enfrentar hacía tan solo cuarenta y cinco minutos en el aire y el terror que ella le tenía, la calidad de la comida y el deterioro de la atención en las aerolíneas, que habían cambiado del cielo a la tierra desde que ella voló por primera vez cuando aún era una niña. Luego les explicó la forma como tuvo que

mentir en el trabajo para poder salir precipitadamente como lo había hecho. Afortunadamente, les dijo, tenía un médico amigo al que recurrió desde la noche anterior y que le había dado una incapacidad médica de una semana de duración. Se moría de la risa por la cara de pena que habían puesto sus colegas ante la gravedad de la enfermedad que le inventaron. Solamente le confesó la verdad a Marieta, su amiga del alma, quien no se puso muy feliz con la buena nueva. También había puesto cara agria su familia, que llevaba varios años esperando la ruptura de Alicita con ese semisalvaje que era el poeta, el cual, en el pasado, protagonizó varios eventos que les molestaron mucho cuando había estado en el país de ella. No me importa, dijo Alicia haciendo el mohín correspondiente con la nariz, total, es mi vida, y sólo yo sé qué es lo que debo hacer con ella. Veinte minutos después de su arribo ya se habían enterado del estado en el que había dejado su apartamento, de las carreras que dio para dejar algunas indicaciones mínimas a los vecinos, de las condiciones del tiempo en las próximas sesenta y dos horas en el Caribe, de lo insostenible que se estaba volviendo la vida de continuo estrés que llevaba, de lo mal que había estado su mamá hacía seis meses debido a una terrible úlcera duodenal y, como quien no quiere la cosa, deslizó varios reclamos al poeta por el abandono total en que la había tenido y, cosa que Jorge no sabía, por un aparente desliz del poeta que se fue de paseo con una muchacha a un conocido balneario mexicano. Éste se hizo el desentendido y no acusó el golpe que, por demás, había sido lanzado, por ahora, con ánimo poco confrontativo, guasón y de pasada. Una vez hecho el preliminar repaso de los acontecimientos que habían precedido y acompañado su partida, Alicia pasó a ocuparse de Jorge, a preguntar por su vida porque, chico –dijo-, si nosotros no nos conocemos nada, lo cual era rigurosamente cierto.

Jorge empezó con las datos básicos e imprescindibles de su biografía pero no pudo avanzar mucho porque casi de inmediato se vio interrumpido por un alud de observaciones con las que Alicia relacionaba lo poco que le había dicho con parientes, amigos, casos de la vida real y las vidas ejemplares de los santos que fueron publicadas en forma de historieta por allá en la década de los 60, según dijo. Se regocijaba de haber encontrado alguien tan afín a su mundo, tan hecho a la medida para las necesidades que tenían en ese momento de su vida, tan dispuesto a escuchar y a brindar consejos, que no dudaba en catalogar de sabios, que podían iluminarles el camino que ahora tenían juntos por delante. Jorge sonreía anonadado, un poco compungido y definitivamente apachurrado ante la avalancha. Aparte de lo poco que pudo decir cuando le preguntó, no había podido abrir la boca en todo el trayecto. El poeta, mientras tanto, seguramente ya bien entrenado para esos avatares, veía por la ventana mientras asentía, a veces a destiempo.

Alicia declaró que se moría de hambre pero en San José Urlán era una proeza encontrar algo abierto a esas horas. El poeta enfiló hacia la cafetería del hotel más lujoso de la ciudad, situado en la misma plaza central, a un costado de la iglesia catedral, en donde Alicia mostró que también era de buen comer. Pidió, para empezar, un Club Sándwich de cuatro pisos partido en cuatro partes coronada cada una con sendas aceitunas negras rellenas con pimentones rojos a la vinagreta. ¡Delicioso!!, exclamó con la boca aún llena mientras, al mismo tiempo, revisaba el menú buscando algo más que al fin encontró e ipso facto ordenó. ¿Recuerdas, amor, los pimentones sevillanos que tanto te gustaban en aquel verano caliente que pasamos por allá hace un par de años?, le dijo al poeta mientras lo miraba de soslayo con ojos pícaros y le enseñaba las diminutas muestras que

contenían como relleno las aceitunas de su monumental sándwich. Sí, respondió el poeta con sonrisa compungida, cada vez más apocado ante el alud de energía derramada por su mancuerna y seguramente cansado, pensó Jorge, dadas las altas horas de la noche que eran. No eran altas horas de la noche, corroboró Jorge viendo el cuadrante de su reloj de pulsera, sino de la madrugada. La fémina, que estaba al tanto de todo, se dio cuenta del gesto con el que Jorge auscultaba el reloj e, inmediatamente, pidió la cuenta con un rápido ademán acompañado del conocido grito de ¡mozo! que fue respondido lenta y adormiladamente. He abusado de ustedes, dijo acto seguido dirigiéndose a Jorge, por la emoción del encuentro y lo ameno de la conversación perdí la noción del tiempo y veo que se ha hecho tardísimo. Permítanme que invite como gesto de desagravio, concluyó, mientras abría prestamente la inmensa cartera que portaba y de donde empezó a sacar todo tipo de artefactos en busca de su monedero. Como si ese hubiera sido el toque de arrebato, Jorge y el poeta hicieron el ya conocido gesto de todos los varones a la hora de pagar la cuenta: se llevaron la mano derecha al bolsillo trasero del pantalón. Fueron detenidos en seco por la mirada de Alicia, quien dijo que no aceptaría, bajo ninguna circunstancia, que se opusieran a lo que ella consideraba no solo una obligación por las causas aludidas sino, también, el mayor de los gustos que le podían hacer en ese momento. No hubo discusión y ambos se relajaron mientras ella pagaba la cuenta y dejaba una generosa propina al mesero que ni de esa forma dio muestras de salir de su letargo.

Ya en la calle, Jorge fue informado que la habitación y la cama en la que había pasado la noche anterior dejaban de ser suyas para transformarse en el nido de amor de los tórtolos. No importa, dijo, mientras trataban, más tarde, de sacarle un poco el polvo al sofá que

tenía en el cuarto contiguo el poeta, de todas formas no me llevo bien con el aire acondicionado. Lo que no sabía era lo mal que se llevaría con los mosquitos, que se le volvieron insoportables aquella madrugada. No fue sino hasta cerca de las cinco de la mañana que se quedó dormido, rendido por el cansancio. No sabía, tampoco, que Alicia era amante de levantarse temprano para dar una caminata de una hora, lo que le permitía mantenerse fuerte y sana, según dijo luego de zarandearlo apenas cuarenta y cinco minutos después de haberse quedado dormido. Cuando Jorge logró sentarse al borde del sofá, la mujer daba vueltas como bailando por el cuarto mientras daba palmadas de alegría y agradecía al Creador del Universo que le brindara esos momentos de placer. El poeta apareció desgredado y en calzoncillos en la puerta. Amorcito, le dijo con tono casi de imploración, ¿no estás cansadita del viaje? ¿No preferirías quedarte descansando un ratito más? Lo que recibió por respuesta fue un sonoro beso en la mejilla y una nalgada que perseguía activarlo. ¡¡¡Arriba los corazones!!!, dijo con todo entusiasmo, ¡¡¡todo el mundo a ponerse en acción!!!, en tanto entraba a la habitación para buscar, en su inmensa maleta, la indumentaria adecuada para salir a caminar. Diez minutos le bastaron para ponerse a punto e iniciar un trotecito alrededor de la casa. Es mero calentamiento, gritó al pasar delante de la puerta cuando sus dos futuros acompañantes intentaban encontrar algo adecuado para salir con ella a caminar y, según les comunicó, también a conversar, porque había pocas cosas que ella amara más que poder caminar y, al mismo tiempo, compartir ideas, noticias y sentimientos a esa hora en la que la cabeza está despejada y se tiene suficiente claridad como para pensar las cosas con objetividad y optimismo. Es la hora ideal para tomar decisiones, advirtió, mientras iniciaba la caminata matutina junto a sus dos soñolientos acompañantes. ¡Maravi-

Illa de maravillas!, exclamó Alicia respirando hondo, acelerando el paso e iniciando la relación de los planes que tenía para el futuro de la pareja, que había venido pensando y madurando en el avión. La mañana despuntaba como lo hace en los sitios calurosos del mundo, con una vaga neblina que rápidamente se disipa ante los potentes rayos del sol que empiezan a calentar el ambiente. No llevaban más de quince minutos de caminata cuando ya sudaban a chorros. Alicia los incitaba reiteradamente, interrumpiendo su discurso sobre el porvenir de la pareja, a que apresuraran el paso, y hacía gestos que simulaban que los empujaba.

La mente de Jorge buscó la evasión. Mientras la voz de Alicia se le transformaba en un murmullo de fondo se acordó de su abuela. ¿Por qué pensaba en ella en ese momento? Tal vez porque, al igual que la mujer que caminaba gesticulando al frente suyo, ella también casi nunca paraba de hablar. Habla como tarabilla, decía su padre. Nunca supo qué era una tarabilla, pero no le cupo duda de que era algo o alguien cuyo parloteo terminaba transformándose, como la lluvia, en telón de fondo de sus pensamientos. Su abuela habló y habló por años y pocas veces logró que le pusieran atención, tal como estaba empezando a pasar con Alicia, quien, ensimismada en su propio parloteo, se preguntaba y respondía ella sola mientras caminaba al frente de los dos compungidos aprendices de atleta.

San José Urlán no era el lugar más adecuado para hacer ese tipo de calistenia matutina. Hacia las seis de la mañana las arterias de la ciudad se llenaban de automotores de todo tipo pues a las siete y media debía empezar a funcionar nuevamente todo: las escuelas, los ministerios y muchos de los comercios. Así que esa era una hora pico del tráfico que, por espacio de más o menos una hora, se transforma-

ba en un verdadero infierno: largas filas que apenas caminaban unos metros, humo, pitos y enojos matutinos. En medio de esa confusión, el trío trataba de avanzar y sortear el tráfico en las esquinas y las filas para abordar el autobús. Esquivaban peatones apresurados en las aceras. Alicia no se amedrentaba y seguía hablando aunque cada vez la escuchaban menos porque, además de ir adelante de ellos, lo que dificultaba oírlos, el ruido circundante opacaba casi del todo sus palabras. Solo veían sus gestos entusiastas que no se detenían y, de vez en cuando, muecas o miradas que buscaban alguna respuesta que ellos se apresuraban a dar de forma ambigua, porque no sabían si se estaban comprometiendo a algo o dando su respaldo a alguna idea nueva que se le había ocurrido al tenor de la sugestión matutina y lo despejado que tenía el cerebro a esa hora de la mañana.

Era difícil para Jorge comprender cómo esa mujer había sido la inspiración declarada del poeta para su último libro, *Siempre contigo*, que había sido un éxito total en las librerías. Nunca antes un libro de poesía, género que todo el mundo sabe que no se vende, había convocado a tanta gente. Es impresionante, hermano, le había escrito en esa oportunidad el poeta a Jorge, la gente hace fila para comprarlo y para que yo se lo firme. Se había llegado a especular con la idea, luego desechada por irrealizable, de hacer una telenovela, pero la falta de un hilo narrativo entre los poemas la había descorazonado. Otros géneros artísticos, sin embargo, se inspiraron en ellos para hacer coreografías, montajes teatrales, canciones y no faltó el creativo que había logrado adaptarlos como una obra de títeres para niños. Por más tiempo que el que cualquier escritor de ese rincón caluroso del mundo podría haber imaginado nunca, el poeta se transformó en el centro de la atención, incluso de los medios de comunicación y de sus noticieros, que empezaron a pedirle opinión sobre los más disími-

les acontecimientos, como la guerra en el Medio Oriente, la caída del Muro de Berlín y la clonación humana. El poeta había sabido comportarse a la altura, es decir, no se envaneció. Continuó siendo el mismo de siempre durante las dos semanas que duraron sus quince minutos de gloria. No dejó de ir a almorzar todos los días donde la Peque, salvo cuando algún compromiso oficial, ineludible e impostergable, se le atravesaba.

Alicia compartió, aunque indirectamente, el encumbramiento del poeta. Ella era, ni más ni menos, la musa, la fuente primigenia, el origen de ese manantial. Todos querían conocerla, preguntarle lo que había que hacer para provocar esos sentimientos, cómo había logrado inflamar de esa forma al poeta que, desde entonces y para siempre, pasó a ser no simplemente el poeta sino nuestro poeta nacional. Ella, desde lejos, dio las explicaciones que pudo, aunque siempre se quejó de que no la dejaban terminar las ideas que comenzaba. Es que el tiempo en tele es muy caro, mi amor, le decía él, tratando de consolarla cuando le comentaba su frustración porque la habían cortado. Pero todo terminó, como siempre pasa con la fama. Un mes después de los acontecimientos eran pocos los que aún lo reconocían y saludaban por la calle diciéndole adiós, poeta, como lo había hecho apenas unos días antes. Ella, sin embargo, había quedado bañada en agua de rosas, feliz con haber sido la inspiración. ¿Quién iba a pensar, se decía a sí misma, que alguien a quien valoré tan negativamente cuando lo conocí iba a ser capaz de hacer algo así por mí? Recordaba el día en que lo había visto por primera vez en las callejuelas de una pequeña ciudad medieval española. Él la había abordado frente al museo del pueblo, no por casualidad, como ella creyó en un principio, sino porque la había estado siguiendo durante toda una semana después de haberla visto en la biblioteca en donde estaban

ocupados los dos, buscando documentos de la época colonial de sus respectivos países: él para una novela que tenía en mente y que nunca escribió, y ella para su tesis doctoral. Entonces le pareció mal vestido, un poco demodé con sus camisas de cuello puntiagudo al estilo de los años setenta, los pantalones de tela barata y los zapatos no muy limpios. Incluso su pelo entrecano peinado hacia atrás le había dado la impresión de ser el de aquellos galanes de las películas mexicanas de los años sesenta, que conquistaban chicas con solo guiñar un ojo y decirles unas cuantas palabras melosas. Fue solo porque con los días le pareció simpático, primero, interesante, después, e indispensable por último, que dejó que las cosas llegaran hasta donde ella nunca se habría imaginado. También contó, claro está, el hecho que ella estaba en el límite, cuando ya no hay mucho tiempo para estar pensando las decisiones. Ella tenía entonces cuarenta y tres años, y había hecho votos para entrar en una orden religiosa para la que había tocado el órgano durante las misas del domingo desde que tenía diecisiete. Pero hacía un tiempo que se venía cuestionando si realmente estaba dispuesta a irse de este mundo sin haber probado las mieles que algunas de sus excompañeras de colegio le pintaban como el summum del placer y la felicidad. Eres una tonta, Alicita, le decían, no ves que te estás perdiendo media vida con esa mojigatería tuya. Si eres tan bella, tan atractiva, tan interesante. No tardarías ni un santiamén en conseguirte a alguien, y Alicia penaba dudando entre su matrimonio con el Señor y la entrega a los placeres mundanos. Así que el poeta no vino a ser sino el detonante de la crisis, el catalizador que provocó que la mujer tirara todos los trastos por la borda y terminara pidiendo licencia al Vaticano para unir su vida a quien, desde el primer momento, su familia catalogó como ese salvaje. Espontáneo es lo que es, les decía ella, tratando

de hacerles entender que era un ser creativo desentendido de las formas sociales acostumbradas. Pero no hubo caso, no solo continuaron creyendo que Alicita había perdido por completo la chaveta sino, además, vieron reforzado su punto de vista después de verlo compartiendo con unos borrachitos en una de las esquinas más concurridas de la ciudad. Ojalá las cosas hubieran terminado ahí, pero él parecía empeñado en crearle problemas a la pobre Alicia delante de su familia, y eso que ella le había advertido de cómo eran ellos y le había rogado que hiciera un esfuerzo por comportarse como la gente en las dos semanas en las que estaría de visita. Pero no surtieron efecto los ruegos ni las monsergas nocturnas de Alicia. El poeta era el poeta y no había cómo reformarlo. Como le había dicho después, esa había sido la verdadera prueba de amor a la que él la había sometido. Y luego se apareció con el manuscrito de "Siempre contigo" y ella no pudo hacer otra cosa que derretirse y entregarse totalmente, en cuerpo y alma, a su loco querido, como le llamó desde entonces.

Nunca se imaginó que el libro tendría el éxito que tuvo. De hecho, ella nunca había estado en contacto con el mundo de la literatura y menos con el de la creación literaria. Para ella, todo eso era nuevo y excitante. Cuando supo que al poeta lo estaban entrevistando en la televisión, los periódicos y la radio, lo que ella se imaginó fue que era algo como lo que le pasaba a los cantantes juveniles de moda de los países grandes y ricos, que son asediados por multitudes y se vuelven millonarios. Cuando, pasado el tiempo, le preguntó al poeta y este le respondió que ese libro sólo le había dejado pérdidas económicas, no lo podía creer. El éxito, para ella, estaba asociado a las luces, al dinero y al glamour. Pero después se dio cuenta de cómo eran las cosas en San José Urlán, aunque no pudo comprender por qué, dadas esas condiciones, él insistía en seguir siendo poeta.

Es como echar la vida por el caño, pensó, porque, al final de todo no queda nada, ni dinero ni reconocimiento. Es peor que el apostolado que yo estaba haciendo, porque ahí, por lo menos, tenía la esperanza cierta de que el cielo sería mi premio, pero con el poeta no hay esperanza de nada, ni siquiera de que la gente valore lo que haces. Así que, desde el día en que comprendió el esfuerzo sin horizonte que realizaba, lo quiso mucho más. Para ella se transformó en una especie de héroe, de gladiador que lucha por la causa de la belleza sin que nadie lo comprenda. Desde entonces le perdonó sus salidas de tono, las excentricidades, las obsesiones y hasta las malas palabras que decía, sin recato, frente a su familia cuando la visitaba. Lo que más la unió a él fue el haber sido la inspiración. Ella, que al verse en el espejo se veía tan sin gracia, tan sosa, tan papa sin sal, que no había logrado nunca alcanzar su peso ideal, que no tenía la menor idea de cómo dejar de vestirse como monja, se había convertido en la musa. Era como un sueño, como que el Señor la hubiera tenido esperando todos esos años sola, a su servicio, para después mandarle ese ramalazo de viento que era el poeta.

Ninguna de sus amigas de colegio, aquellas que la habían estado animando para que se decidiera a conseguirse un novio, aunque fuera una aventura, podían haberse imaginado lo que estaba reservado para ella. Cuando se los contó no le creyeron, pensaban que estaba fantaseando y que tanta abstinencia de hombre había terminado por volverla medio chiflada. Pero cuando conocieron al poeta se quedaron de una pieza. Era lo que ella contaba y más, más deschaquetado que todo lo que ellas habían visto nunca en la vida real. Entonces no sólo le creyeron sino que la compadecieron porque nadie podía tener tan mala suerte como para pasar tanto tiempo sola y, después, conseguirse un loco de atar como ese. Alicia solo se reía

cuando la trataban de convencer de que ese no era el hombre que le convenía. Lo que pasa, pensaba, es que no lo ven con los ojos con los que yo lo veo y no saben de su labor sin horizonte. A Alicia, el poeta le descubrió dimensiones de sí misma que nunca había sospechado que existían.

Una de ellas fue el saber que podía ser alguien especial, diferente y maravilloso que podía inspirar algo como "Siempre contigo". Ni en el más loco de sus sueños se había imaginado que ella pudiera llamar la atención de alguien, a pesar que sus amigas la ponían por los cielos diciéndole que era linda e interesante. En el fondo, sabía que era poquita cosa, que la gente se le acercaba porque era risueña y colaboradora, de buen talante y mejor confidente para los problemas de cada uno. Pero de ahí a pensar que podía gustarle a alguien y, más aún, inspirarle cosas como las que el poeta había plasmado en sus poemas, había un mundo de distancia. Por eso, cuando los leyó por primera vez sintió como que eso no era para ella, que el hombre se estaba refiriendo a otra persona, a cualquier otra menos a ella, y sintió celos, y sólo se convenció que ella era la destinataria cuando el poeta, con lágrimas en los ojos, le cantó "Only you" una noche en un karaoke de mala muerte, a donde fueron a parar después de todo un tour de copas en el que él había tratado de convencerla de lo que solo logró a través de su melodiosa voz enamorada. Entonces, cuando por fin se convenció, se vio a sí misma distinta, como no se había visto nunca, y dejó con la boca abierta a todas las que, durante años, habían venido aconsejándole que hiciera lo que había hecho, casarse, pero que nunca habían pensado que tendría en ella los efectos que había tenido. Porque Alicia cambió por amor, le decía a las amigas, trastocando los papeles y convirtiéndose ella en consejera, no por el matrimonio, ¡no! Creer en el matrimonio como la

solución de las cosas era estar totalmente perdido. A las personas las cambia el amor, le decía a las amigas que siempre habían reconocido como grandes logros de su sagacidad femenina el haber encontrado buenos partidos para casarse, sin importar mucho el vínculo amoroso entre quienes, desde el principio, se transformaban más que en pareja en contendientes. Las amigas (la Yésika Alonso de Rojas, la Jennifer Macaya de Escalante, la Susan Mora de Sterling y todas las demás) la oían como aleladas, convencidas, al verla, que habían metido la pata y que, a lo mejor, todos los males que tenían (los mareos constantes, la acidez incurable del estómago, las jaquecas al atardecer) no eran más que síntomas de una vida vacía, como les decía Alicita. Ésta tuvo que contenerlas, llamarlas a la reflexión, hacerlas pensar en los hijos cuando, para su sorpresa, casi que unánimemente decidieron divorciarse, mandar todo al carajo, enamorarnos y vivir, por lo menos estos últimos años potables que tenemos por delante antes que nos convirtamos en unas viejas arrugadas de tetas flácidas y nalgas aguadas. En una revolución en el seno de la más rancia y conservadora sociedad criolla se convirtió el amor del poeta y Alicia, como un bombazo en pleno baile de quince años, como que alguien hubiera salido con que yo me opongo, señor cura, el día de la boda de alguna.

Otra dimensión de sí misma que le descubrió su relación con el poeta fue su instinto de protección o, como decía ella, su instinto maternal. Verlo en medio de la jauría en la que se convirtió su familia cuando lo conoció, haciendo esfuerzos por caerles bien, por parecerles presentable (hasta se había comprado zapatos nuevos para la visita, él no se lo dijo pero ella fue lo primero de lo que se percató cuando lo vio bajar del avión), por calzar en un ambiente totalmente distinto al suyo, despertó en ella una ternura que nunca antes en su

vida había conocido. Hubiera querido abrazarlo y llenarlo de besos, decirle cosas que lo tranquilizaran, algo así como ¡ya, ya, no es para tanto, no te esfuerces tanto, no te preocupes, no importa si no les caes bien! y tomarlo de la mano, llevarlo a pasear para que se distendiera y volviera a ser su salvaje favorito, sin muchos modales en la mesa, que hablaba a gritos insertando palabrotas cada dos por tres y buscaba, casi obsesivamente, el mejor salón de karaoke para ir a cantar un rato por la noche. Desde entonces le nació una intensa necesidad de protegerlo.

Todas esas cosas no las conocía Jorge cuando se preguntaba, mientras caminaban aquella mañana, cómo era posible que esa mujer que hablaba incansablemente delante de los dos, sin mayores atractivos físicos, se hubiera convertido en la musa, y ambos en esposos, siendo como parecían ser, tan distintos. El poeta, mientras tanto, sudaba al lado suyo absorto en sus pensamientos y sin ponerle la más mínima atención a su esposa que, a esas alturas, pasaba a una etapa más exaltada de su discurso, hacía gestos con los brazos y pegaba pequeños saltitos para acentuar ciertas ideas.

El sol se había levantado ya varios metros sobre el horizonte y lanzaba cruelmente sus rayos sobre el sudoroso hormiguero humano que era, a esas horas, las calles de San José Urlán por donde transitaban. El calor, mezclado con el polvo y el humo que exhalaban sin clemencia los motores de los autobuses, motos y carros que se peleaban el derecho a circular por la cinta asfáltica, hacía insoportable el ambiente. La gente, desesperada, corría tratando de abordar los autobuses atestados que no esperaban a que terminaran de subir todos, y partían con pasajeros colgando de las puertas o agarrados como pudieran a cualquier parte saliente de la carrocería. Muchas de

las alcantarillas, a flor de tierra, lanzaban un fétido olor que se iba acrecentando conforme el calor aumentaba. En medio de todo eso se vendían desayunos al paso para aquellos que no habían logrado hacerlo antes de salir de su casa: un jugo de naranja tamaño familiar batido con dos huevos crudos y, si el cliente tenía el gusto, un poco de chile. Era uno de los menús favoritos para empezar el día.

Agotados volvieron a la casa del poeta que, a esa hora, era ya un pequeño hornito, lo cual no redujo el entusiasmo de Alicia pues, inmediatamente, buscó en el refrigerador los elementos necesarios para hacer un desayuno saludable, encontrándose con el triste panorama de una nevera totalmente desprovista de lo más elemental. Aunque sea unos huevitos debías de haber comprado, le dijo ella un poco decepcionada ante tan desolador panorama, mientras él esgrimía como excusa lo rápida que había sido su decisión de venir, que lo había tomado por sorpresa y sin posibilidad de tomar las previsiones del caso. No importa, dijo Alicia, dando muestras de tener un temperamento blindado a prueba de cualquier contratiempo, rápidamente puedes ir a comprar algo, e inmediatamente pasó a hacer una lista que fue entregada al hombre de la casa quien tomó las llaves del carro y se alejó, como otrora debieron hacerlo los cazadores prehistóricos dispuestos a traer el alimento para la tribu.

Aquella fue una mañana calurosa en la que ni Jorge ni el poeta pudieron despegar los labios sino para responder, generalmente con monosílabos, algunas escasas preguntas que se les hicieron directamente. La Peque se había borrado del mapa. La llamaron varias veces por teléfono pero no respondió. Debe estar trabajando dijo el poeta, a sabiendas de que ella le había dicho el día anterior que cierta huelga que estaba en curso no permitiría que las clases en donde

ella trabajaba se reanudaran sino hasta dos días después. Una mentira piadosa, pensó Jorge en el asiento posterior del carro al que había sido confinado después que Alicia pasara a ocupar, por derecho propio, el asiento delantero destinado al pasajero más importante.

A petición de Alicia, fueron a comprar algunas cosas que catalogó de imprescindibles, y que por la premura de la partida no había podido comprar. En un establecimiento que se anunciaba como hipermercado encontró todo lo que necesitaba. Hizo acopio de víveres como para que sobreviviera un batallón en la montaña durante quince días. Ella no era vegetariana, por supuesto, y se había provisionado lo suficientemente bien como para no tener que depender de los gustos y recientes costumbres de su media naranja: antes comías de todo, amor, le dijo entre risueña y comprensiva de lo que catalogó como su nuevo telele. Eso de ser vegetariano no te va a caer mal pero no exageres, amor, ¡no exageres!, le decía en la fila para pagar que avanzaba lentamente y le daba tiempo para mostrar algunas cosas de más que había comprado. Resulta que Alicia era una coleccionista compulsiva de cuanta pieza de vidrio, no mayor de dos centímetros, se le cruzaba por el camino. Según describió para Jorge mientras la fila avanzaba lentamente, su casa era un verdadero museo, una divinidad, en donde había todo tipo de figuritas de cristal que había ido encontrando y comprando en todos los lugares a donde habían viajado. Con lujo de detalles le describió los estantes que había mandado a hacer especialmente para ir colocando la cada vez más grande colección. Las estanterías eran de vidrio, con patas y soportes dorados para resaltar el fulgor del cristal, dijo. El poeta la miraba de soslayo y, al final, murmuró ¡qué belleza!, sin mucha convicción. Él, lógicamente, ya conocía la colección y pudo atisbar, cuidadosamente colocados en una esquina del carrito en el que llevaban la compra, una

bolsita que, a pesar de no ser transparente, dejaba ver que ahí había algunas piezas más que engrosarían el muestrario. Jorge no podía encajarlo en la casa de Alicia, sobre todo después de conocer el remedo de campo de batalla donde vivía. Y, después de esa descripción que le acababa de hacer, tampoco veía a Alicia viviendo en la casa de él. Todo parecía un disparate sin pies ni cabeza.

Durante toda la mañana la Peque no dio muestras de vida ni Alicia preguntó por ella. Jorge propuso, cerca del medio día, que fueran a buscarla a su casa, con la esperanza de encontrar a alguien que le permitiera escapar, aunque fuera fugazmente, de la perorata de Alicia. Ésta seguía hablando sin parar, comentando sobre todo lo que veía y poniendo al tanto a su esposo de lo que había pensado, hecho y planeado durante el año que habían estado separados. Como les había comunicado, en el avión tuvo tiempo para pensar cómo resolver el problema que había llevado al matrimonio al borde del abismo: vivirían en un tercer país, en zona neutral, dijo, en donde ella pudiera desarrollarse profesionalmente y él pudiera escribir a sus anchas sin necesidad de estar metido en ese hueco en donde lo hacía ahora. ¿Qué tal en tu país?, le preguntó a Jorge, que se pudo lívido con sólo imaginar la posibilidad. Es muy caro respondió él tratando de descorazonarla, pero ella no le hizo el menor caso porque ya estaba hablando de otra cosa.

El poeta oía la planificación de su vida para los siguientes veinticinco años sin mucho entusiasmo. Había caído en un estado bastante parecido a la abulia y hablaba poco. ¿En qué estás pensando, mi amor?, le decía Alicia, y dirigiéndose a Jorge agregaba casi invariablemente: ¡es que él es tan despistado! Anda siempre como en las nubes, y le agarraba la barbilla zarandeándolo cariñosamente mien-

tras enumeraba una lista, siempre distinta, de todas las cosas que le habían pasado por andar pensando en los anteojos del gallo pero ¿qué se podía hacer? Nada. Él era poeta, hombre de letras, artista, y ya se sabe de sobra, todo el mundo lo sabe, que ellos siempre andan como flotando, sin poner los pies en la tierra. Él, gracias a Dios, se había reformado y, por lo menos, ya no llevaba esa vida bohemia a la que había sido tan aficionado y que, además de deteriorarle la salud, jamás le había aportado un ápice a su poesía. *Mens sana in corpore sano*, exclamó admonitoriamente, levantando la mano y blandiendo el dedo índice frente a su nariz. ¡Lo que ella había tenido que sufrir antes! Pero borrón y cuenta nueva y a mirar para adelante, sobre todo ahora que el futuro era tan promisorio y ambos estaban dispuestos a hacer esfuerzos por mantener esa relación tan linda a flote.

La Peque fue sorprendida in fraganti en su casa cuando se disponía a salir. Ya me estoy yendo, les dijo con sonrisa compungida mientras saludaba de beso a Alicia, que entró directo pidiendo el famoso jugo de mango. Por más que insistió en que tenía algo urgente que hacer los tres se sentaron en la sala y no dieron muestras de querer irse muy pronto. El poeta recobró el don del habla casi de inmediato. Se fueron para la habitación en donde estaban los paquetes con libros e iniciaron una larga conversación de la que Jorge solo pudo oír que la Peque decía: si es que para eso estaba saliendo. Alicia saboreaba su jugo de mango, alababa las propiedades nutricias de las frutas tropicales, rememoraba su infancia y los árboles de la fruta que había en la finca de su abuelo y describía una receta para hacerse una mascarilla para la cara con las cáscaras que la mayoría desecha y que es el secreto de este cutis terso, que yo, humildemente, tengo. Los otros dos siguieron con la plática durante más de media hora. A ratos subían el tono y se podía escuchar retazos inconexos

de lo que estaban hablando. Parecían discutir algo en lo que no estaban de acuerdo. Alicia se fue poniendo inquieta y, ocasionalmente, dejaba de hablar para poner atención a lo que decían cuando subían un poco la voz. El ambiente se iba poniendo tenso, lleno de gestos y silencios que no presagiaban nada bueno. Parece que se viene una tormenta, pensó Jorge, viendo los signos y oyendo, después, las bromas e indirectas que empezó a lanzar Alicia, que ¿por qué tan calladitos?, que qué agradable sería salir a dar una vuelta y cosas por el estilo que decía como por casualidad o con tono jocoso pero evidenciando que no estaba muy contenta con la larga conferencia de aquellos dos en la habitación contigua. Estos no se daban por enterados, ni respondían las indirectas y las bromas y seguían en su conversadera en voz baja.

Por fin, cuando la cosa parecía que iba a estallar, salieron. Alicia los miraba tratando de descifrar lo que habían estado conversando pero ninguno de los dos transparentaba nada. El poeta, como quien no quería la cosa, propuso ir a comer, pues ya era cerca de la una de la tarde, a lo que Jorge se sumó con entusiasmo, más para desenredar un poco el asunto que porque tuviera hambre. A partir de entonces la Peque los acompañó. Evidentemente, lo que tenía que hacer cuando ellos llegaron no corría tanta urgencia porque de ahí en adelante no lo volvió a mencionar. Entre las dos mujeres había rivalidad y Jorge lo notó inmediatamente. La Peque sonreía con sorna frente a cualquier cosa que dijera Alicia, como diciendo vieja bruta, tonta y frívola, y la otra no podía dejar de hacer comentarios que buscaban denigrarla. El poeta no se daba por enterado y Jorge trataba de mediar para tratar de suavizar la actitud guerrera de las dos. Esa había sido su función siempre: servir de apaciguador de los ánimos encontrados de los demás. Por eso se sabía todas las artimañas

para desviar conversaciones, hacerse de oídos sordos frente a los comentarios sarcásticos y no resentirse cuando alguien salido de sus casillas la emprendía contra él. El ánimo del poeta, sin embargo, había cambiado pues tarareaba una cancioncita entre dientes; parecía menos apachurrado y hasta se animó a interrumpir a su mujer para hacer un comentario sobre lo bien que la Peque estaba vendiendo nuevamente *Siempre contigo* entre colegiales de liceos públicos de San José Urlán. Me voy a volver otra vez famoso, dijo en broma, sonriendo de medio lado, mientras ponía atención al tráfico que se iba volviendo cada vez más denso conforme se acercaban al centro de la ciudad, y yo contigo, apuntó Alicia, tratando de ocupar su espacio. Silencio. Las cosas no marchaban bien, algo se estaba fraguando o estaba a punto de explotar.

De día, la ciudad era peor que de noche, porque quedaba al descubierto la pobreza de la gente, el caos que imperaba por todas partes. Conforme se aproximaban al centro se hacía casi imposible circular por las calles porque estaban atestadas de ventas ambulantes. Había de todo: ropa, aparatos eléctricos, adornos para la casa, discos, afiches, comida. La gente estaba instalada lo mejor posible, y algunos tenían verdaderos campamentos a los que llevaban a la familia entera durante el día para volver, al atardecer, como caravana de gitanos en carretones destartados, a los barrios de casuchas precarias en donde vivían. En el centro de la ciudad eran los dueños de la calle. Lleve, mi reina, mi rey, el pantalón de buena calidad, barato, mi amor, véalo sin compromiso, dice una mujer que exhibe el hilo dental que se le marca a través de la pantaloneta de licra apretada de color verde fosforescente. A ver, corazón ¿Qué va a llevar? ¿En qué la puedo servir? Pase sin compromiso y diga qué se le ofrece, les decía otra, aunque apenas la escuchaban porque estaba afuera, en el mun-

do del calor, más allá de las ventanillas cerradas del carro. Había montañas de basura por todas partes donde escarbaban perros increíblemente flacos con costras de suciedad y llagas purulentas junto a borrachos que habían dormido bajo los aleros del mercado, en el lugar a donde llegan las verduras y las frutas en camiones que atracan de madrugada en rampas que se elevan unos dos metros del suelo.

Según anunció prosopopeyicamente el poeta, estaban en el llamado centro histórico de San José Urlán. Tras los cientos de tenderetes se adivinaban casas de uno y dos pisos de estilo colonial y neoclásico. En esa casa de la que se ve el copete allá, dijo el poeta, se firmó la independencia, mirá vos, le dijo a Jorge señalando hacia un lugar en donde lo único que se vislumbraba era, efectivamente, el frontispicio de una casa que se encontraba tras una venta de chorizos que tenía una radio a todo volumen en donde, en ese preciso momento, sonaba una canción que se preguntaba reiteradamente ¿Qué será lo que quiere el negro? La gente iba y venía como en un hormiguero mientras la música de ¿Qué será lo que quiere el negro? se entreveraba con cientos de canciones más porque cada negocio tenía su propia radio y la ponía a todo volumen. Aquí vivía el prócer, maestro, dice el poeta con buen humor, como encontrando la punta del hilo que había perdido desde que aterrizó en tierras josefinas la media naranja, el amor de sus amores, la Alicia Sequeira Barraganes que a esas alturas sentía que se le estaba moviendo el piso, que estaba pasando algo que no llegaba a comprender del todo, pero que no está a favor suyo, que no le convenía, y su sonrisa se fue transformando en rictus artificial y callaba ¡¡¡callaba!!!, desconcertada. Desde el sillón trasero, Jorge veía cómo aquella, que lo había desplazado del sitio de honor al lado del conductor, se sentía arrinconada.

da y daba muestras de desconcierto. Desde atrás, entonces, desde su posición subalterna, Jorge observaba y escuchaba, y seguía con detenimiento el discurrir de los acontecimientos, y deducía que la conversación de la Peque y el poeta había sido lo que le había dado un giro a los acontecimientos. No había que ser muy sagaz para darse cuenta de esto, además de que había observado absolutamente todo: fue testigo presencial y privilegiado de lo que pasó, porque había estado al lado del poeta y de Alicia. Él fue, además, según los tórtolos, factor desencadenante, elemento esencial propiciador de lo que estaba pasando, es decir, de la llegada precipitada de Alicia, de la reunión de los amantes, de la reconciliación de los esposos. En medio de la muchedumbre que rodeaba al carro por todos sus costados, escuchando asordidamente el griterío que había afuera, pensaba que, como se había imaginado apenas veinticuatro horas antes, la decisión del poeta había sido precipitada, impulsiva, irracional. La Alicia cada vez más enrollada en sí misma en el asiento delantero fue la muestra palpable, la prueba irrefutable de que eso era absolutamente cierto.

¡¡Cuarenta grados!! gritó el poeta al ver la temperatura que marcaba un enorme tablero electrónico cuando llegaron, por fin, a la esquina más concurrida de la ciudad. Bajo los frondosos árboles del parque central los jubilados conversan amodorradamente o juegan ajedrez y damas chinas en tableros dibujados sobre las mesas de piedra. Se vendían globos y caballitos de madera para los niños; los novios se tomaban fotografías con viejas cámaras fotográficas de cajón o con las más modernas Polaroid. Los frondosos árboles de mango (¡todos los árboles son de mango en esta ciudad! pensó Jorge), proporcionaban una frescura que no había en otra parte porque todo estaba cementado y asfaltado. El ambiente era más calmo y de-

cidieron bajar a dar una vuelta para que Jorge conociera, dijo la Peque, sin sospechar siquiera de los acontecimientos que próximamente se desencadenarían. Fuera del carro el mundo era un horno lleno de ruido y olores que adentro apenas se intuían.

En una esquina, un precario puesto ofrecía comida típica. El poeta y la Peque se abalanzaron para guardar una mesa que acababa de quedar desocupada; ya vas a ver, Maestro, esto es media vida le dijo el poeta a Jorge mientras echaba una mirada a las ollas que hervían en el fogón improvisado. Alicia, con un gesto de desagrado le recordó dos cosas que enumeró marcándolas con los dedos de la mano derecha, mientras la Peque miraba con gesto de hastío hacia otro lado: primero, que a ella no le gustaba comer en la calle cualquier cosa, dijo, y, segundo, que tenía entendido que tú eras vegetariano, mi amor, ya sabes que todo esto te hace mal para tu colesterol. Nadie se dio por enterado de las dos advertencias mientras la comida que se les ofrecería nadaba en ollas profundas llenas de aceite. Puerco, gallina, papas en salsas verdes, anaranjadas, cafés, enormes porciones de arroz sancochado con arvejas y zanahoria rallada, chiles rellenos con carne molida de puerco y envueltos en huevo, sopa de frijoles negros con huevos cocidos, refresco rojo de Rosa de Jamaica (buena como diurético, dijo la Peque), los infaltables amarillos de mango y piña. Todo un universo para escoger y combinar que hacía agua la boca del trío de alegres camaradas que se aprestaban a hincarle el diente a lo que se les ponga al frente, mientras que la cuarta mosquera fuera de la cofradía, Alicia, se sentía no solamente marginada sino ofendida por esa falta de consideración de aquel que hasta hace poco le había estado prometiendo el oro y el moro de la vida matrimonial, le decía que no concebía la vida sin su presencia y luego no la tomaba en cuenta y la oía como oír llover. Estaba visi-

blemente incómoda y se sentaba rígida en la rústica silla pintada de rojo, bastante descascarada, del comedorcito improvisado. No pidió nada, ni agua, porque ahí no vendían embotellada, y esa era la única que bebía en San José Urlán. El poeta se ofreció a ir a comprarle una botellita a otra parte, pero ella lo detuvo con un gesto porque no hay necesidad, dijo, total, compré en el supermercado y ya tomaré cuando llegue a casa. Los comensales sudaban copiosamente mientras consumían sus respectivos platos rebosantes de comida, que Alicia no se cansaba de catalogar como insana, grasosa y desaconsejable, pues quienes la comían no hacían más que suicidarse lentamente.

Sopló un vientecito fresco que no sirvió para mitigar el calor que a los viandantes se les acrecentaba con los platos que devoraban a pesar de que se que se los habían servido hirviendo, pero que alcanzaba para mover levemente los faldones de los manteles de cuadritos blancos y rojos. Lustrabotas y vendedores de baratijas escuálidos, no mayores de quince años, daban vueltas alrededor de los comensales apostando por alguna sobra que les sirviera de almuerzo. Las moscas se arremolinaban implacables sobre los huesos de gallina y cerdo que se apilaban en un plato que, para el efecto, se ubicó en el centro de la mesa. La Peque, con gesto profesional, las espantaba cada cierto tiempo sin muchas esperanzas porque volvían inmediatamente. En la esquina opuesta del parque, hacía quince minutos que un predicador había iniciado la relación de los pecados del mundo desde que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso terrenal y reclamaba, a gritos, que todos se arrepintieran. Nadie le ponía atención. La gente transitaba delante de él sin siquiera volverlo a ver pero no le importaba porque estaba cumpliendo la misión para la cual había sido ungido. Era la hora en punto porque el reloj de la catedral dejó oír dos campanadas sonoras que no dejaban lugar a dudas.

Sonaba desde hacía cuarenta años, cuando el alcalde de la ciudad decidió que era tiempo de dejar de depender de la sobriedad del sacristán para saber la hora exacta. La iglesia era la más antigua construida en cien kilómetros a la redonda. Sobre el portón de la entrada, hecho de madera de puro cedro, estaba la fecha de su construcción, 1776. Dos enormes torreones de muros macizos, de más de dos metros y medio de ancho, para poder resistir los frecuentes terremotos que asuelan periódicamente la zona, blanqueados recientemente después de una agria polémica entre la Comisión Nacional de Patrimonio Histórico y el Comité Pro Desarrollo Integral y Armónico de San José Urlán, son los campanarios que albergan media docena de campanas que, ahora, solo llaman los domingos a misa de once.

Voy a entrar un rato a la iglesia, les comunicó Alicia, mientras el poeta se aprestaba a pedir la cuenta a doña Matilde, la dueña, una mujer de unos cincuenta años, gorda, de pelo negro anudado en dos largas trenzas que le llegan hasta la cintura y que resultó ser amiga suya de toda la vida. Alicia no los esperó; sabía que el poeta iniciaría una de esas largas conversaciones, a las que era tan afecto, que podía durar perfectamente una hora. Efectivamente, mientras su esposa se perdía de vista entre los vendedores de velas, estampas religiosas y dulces que se apiñaban a la entrada de la iglesia, él empezó a preguntarle a doña Matilde por los hijos, una nuera que daba la impresión que había sido su novia en la infancia y la marcha del negocio.

III

Conversaron con doña Matilde unos cuarenta y cinco minutos aproximadamente, tal vez menos, pero se sentía más por el sopor del mediodía, calculó después, Jorge, cuando lo interrogaron para saber los pormenores de lo acontecido. Se despidieron de la señora con abrazos, saludos a los familiares y promesas de que regresarían pronto y se dirigieron parsimoniosamente hacia la iglesia para reunirse con Alicia. Adentro, el templo estaba en semipenumbra y mucho más fresco que en el exterior. Frente a los distintos altares se veían grupos de velas que lanzaban tenues destellos y era casi lo único que podía ver cuando entraron. Todo el recinto estaba lleno de una especie de rumor lejano que no se sabía muy bien si era el eco del tráfico de las calles circundantes o de los rezos de los feligreses. En una esquina cercana al altar mayor se rezaba el rosario. Una anciana escondida tras una mantilla de encajes negros, con el rosario en la mano, comandaba la oración: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén, y respondía un coro formado por unas diez o quince ancianas más. To-

das estaban hincadas en las bancas de madera que, al igual que la puerta de la iglesia, debían datar de mucho tiempo atrás porque eran de cedro sólido, madera que había desaparecido de los bosques de San José Urlán hacía como veinte años. El poeta le mostró a Jorge unos enormes cuadros que colgaban a los costados del altar mayor. En uno, la Sagrada Familia recibía la visita de pastores. Era una obra oscura cuyos personajes ostentaban todos rasgos huesudos y gestos de resignación con excepción del niño, regordete, sonrosado y feliz, que distribuía bendiciones en el centro de la composición. El otro era uno de San Juan Bautista en el momento de bautizar a Jesús en las aguas del río Jordán. Son antiquísimos, apuntó el poeta, del tiempo de la colonia, y fueron rescatados hace unos diez años de manos de unos contrabandistas que se los habían robado de aquí mismo y los llevaban para un museo de California. Los contemplaron unos momentos y siguieron dando vueltas tratando de localizar a Alicia. Debe estar en una esquinita, escondida, porque a ella le gusta orar muy íntimamente, dijo el poeta después de haber paseado por primera vez por toda la iglesia. Entonces pusieron más atención y se fueron a los altares menores, de los costados, en donde también había mucha gente orándole a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de la República de Cuba, San Cristóbal, patrono de los chóferes, San Judas Tadeo, patrón de las causas difíciles y la Virgen de Suyapa, patrona de la República de Honduras. Nada. Alicia no aparecía. Puede ser que le esté rezando al Santo Cristo de Esquipulas, dijo el poeta un poco molesto, porque ella le es muy devota. Está en una capillita a la par de la iglesia, vamos para allá, y salieron los tres con la esperanza de encontrarla ahí pero no, tampoco estaba. ¡Putá, Maestro!!, dijo, ¿Qué se habrá hecho esta mujer? Y volvieron para la iglesia principal a dar otra vuelta poniendo más atención en los confesiona-

rios aunque, según él, siendo martes era raro que se confesara porque seguramente ya lo había hecho el domingo, a menos, recalcó con una sonrisita pícaro, que tenga que decir algo de lo que hicimos anoche. La verdad es que, en las circunstancias, que se iban tornando apremiantes, la broma estaba de más y nadie se rió. A la tercera vuelta por la iglesia se dieron cuenta de que la mujer no estaba ahí. A saber en dónde se metió apuntó la Peque por lo bajo, como diciendo vámonos, total, ¿qué falta nos hace? y se sentó en la última banca dando a entender que ella no buscaba más. Ya aparecerá, poeta, seguro que solo está tratando de llamar la atención. Sentémonos un rato y ya vas a ver que por ahí aparece, dijo mientras se secaba el sudor con una toallita color amarillo que sacó de una cartera que llevaba colgando del hombro. Jorge secundó su propuesta: regresemos adonde doña Matilde y esperemos ahí; seguro que fue a comprar algo y nos va a buscar en donde nos dejó. Él y la Peque fueron para allá mientras el otro continuaba buscándola adentro. Afuera todo seguía igual y doña Matilde les informó que Alicia no se había acercado en ningún momento. Así que se sentaron y esperaron; el poeta llegó unos quince minutos después y se sentó con aire preocupado viendo para todos lados. Así pasó una hora, al cabo de la cual volvieron a buscar al interior de la iglesia y nada. Decidieron ir a preguntar a la sacristía. Encontraron al sacristán pero no pudo ayudarles en nada. Lo dos sacerdotes, por su parte, estaban confesando en ese momento y no podían atenderlos. Esperaron otra media hora hasta que pudieron hablar con ellos pero no tenían idea de Alicia. Hemos estado metidos ahí dentro, dijo uno de ellos con un marcado acento español, y no hemos podido ver a nadie, así que no podemos ayudaros, hijos míos, y los bendijo paternalmente. Ninguno de los tres se santiguó y salieron, ahora verdaderamente preocupados, a continuar la búsqueda.

da. Cuando las últimas luces del atardecer se conjugaban con el griterío de los pájaros que se preparaban para dormir en las ramas de los árboles de mango del parque, el poeta decidió que debían llamar a la casa, cosa que no se les había ocurrido antes, por si por alguna razón se habían cruzado y ella se había regresado por sus propios medios y, si no respondía, debían dar parte a la policía. El teléfono de la casa repiqueteó varias veces y nadie respondió. Alicia tampoco estaba ahí. Vamos a la policía, jóvenes, casi gritó el poeta decidido, porque esto no me huele nada bien. A lo mejor la vieron muy arregladita y le hicieron un secuestro express, agregó mientras pagaba el parqueo en donde había dejado el carro.

En la comandancia, que era como llamaban al vetusto edificio donde funcionaba el Primer Cuerpo de Policía de San José Urlán, los sentaron en unas bancas mugrosas en un corredor. Tienen que esperar a que les tomen la declaración, les dijo un policía de protuberante abdomen al que se le veía la camiseta a través de la camisa abierta que no le cerraba. Esperaron. La fila avanzaba lentísimamente y el poeta, desesperado, se levantó para ver si no podía aligerar las cosas: se trata de una emergencia, les comunicó acongojado, parece que secuestraron a mi esposa concluyó de forma categórica mientras el oficial que cuidaba la puerta de la oficina en donde debían declarar le decía que ahí todas eran urgencias y, como muestra, le señaló a un anciano de aspecto cadavérico que estaba sentado en el primer lugar. Él, por ejemplo, les contó mientras le apuntaba con un bastón de madera que sostenía con la mano izquierda, viene a denunciar el asesinato de su hermana. Ya tiene tres horas aquí y todavía le falta, aseguró. En ese momento abrió la puerta una turgente mujer vestida con un vestido floreado muy apretado de enorme escote y tremenda minifalda que sostenía un fajo de papeles en la mano: el siguiente,

gritó mascando chicle. El anciano se puso dificultosamente en pie y la fila se corrió un puesto. El poeta hizo una encuesta entre los que los precedían y llegó a la conclusión que, mínimo, les faltaban dos horas y media para ser atendidos. Fue a comprar el periódico de la tarde para entretenerse mientras tanto. No se equivocó. Cuando al fin les tocó su turno, dos horas y media más tarde, ya los tres habían leído el periódico al derecho y al revés. Siéntense por favor, ordenó la secretaria, que ahora pudieron ver que exhibía unos pechos que habrían hecho palidecer a Pamela Anderson en sus mejores tiempos después de la silicona. La mujer puso una hoja de papel timbrado en la máquina de escribir y empezó a teclear con dos dedos. Copiaba de una hoja que tenía sobre la estrecha mesita en donde estaba la máquina y donde, seguramente, estaba el encabezado que oficialmente tenían que llevar todas las declaraciones. Al cabo de unos quince minutos se volvió hacia ellos y preguntó ¿quién va a declarar primero?, mientras el poeta daba un salto mortal que lo situaba frente a ella. Con sonrisa pícaro, le señaló la silla de madera que tenía al frente y cruzó la pierna. Al poeta se le nubló el entendimiento pero logró heroicamente responder a la primera pregunta: su nombre. ¿Qué viene a denunciar? preguntó la que a esas alturas había pasado de la categoría de burócrata ineficiente a mi amor divino. Mi esposa desapareció, mi amor, musitó viéndola fijamente a los ojos, mirada que ella sostuvo con valentía, sin vacilar ni un segundo. Debe de estar acostumbrada concluyó la Peque más tarde, cuando Jorge le comentó sobre la fulminante acción del poeta, esas todas son unas putas, si no, ¿cómo creés que consiguió el trabajo?, sentenció.

No me diga que usted es el autor de *Siempre contigo*, dijo la di-
va abriendo los ojos desmesuradamente. Para servirle, dijo el poeta.
¡¡¡No puede ser. Etelvinaaaa...!!!, gritó dirigiéndose hacia la habita-

ción contigua, ¡¡¡Vení a ver a quien tengo aquí!!! Es el autor de *Siempre contigo*, nada más y nada menos, y volviéndose hacia el poeta apuntó: se va volver loca porque su marido la enamoró con esos versos.

El poeta invitó a la diva al karaoke esa noche. La esperó, feliz, hasta que le tomó la declaración al último de la fila, que fue como a las nueve de la noche. La vio salir de la comisaría meciéndose como un velero en alta mar, sonriente y quejándose de ese trabajo en donde la explotaban. No aguanto la espalda. Llevo ocho horas sentada en esa silla y lo que necesito es un masajito, dijo viendo al poeta de soslayo. Este acusó el golpe y sonrió de medio lado. La Peque y Jorge empezaban a estar de sobra. Qué siento lo de su esposa, apuntó sin mucha convicción, pero ya verá que pronto aparece. Lo más probable es que esté enojada por algo que usted ni cuenta se dio que hizo y cuando se le pase lo va a llamar. Pasa constantemente, sobre todo con muchachitos adolescentes que no soportan a los padres y se van con el novio o la novia. Los padres, desesperados, ponen la denuncia, pero como ya le tenemos tomado el pulso a la cosa, nosotros esperamos cuarenta y ocho horas antes de empezar a buscar. Eso espero, contestó el poeta, y acto seguido le preguntó si tenía hambre como para invitarla a comer, a lo que la diva respondió que sí, que estaba a punto de desfallecer porque desde las cuatro de la tarde, cuando había tomado café con las amigas de la oficina, no había probado nada. Rauda y veloz, el poeta enrumbó hacia su lugar preferido de ensaladas, el restaurante al que había llevado a Jorge el día en que llegó. Es que soy vegetariano, le informó a la mujer, y ese es el lugar en donde venden las mejores hortalizas. A donde tú quieras, mi amor, le dijo ella, dando a entender que esa noche estaba

dispuesta a sacrificarse en el altar del poeta que había escrito *Siempre contigo*.

Después de cenar, la Peque pidió que la pasaran dejando a su casa. Se bajó del carro, dio un portazo y no se despidió de nadie. Está enojada, apuntó el poeta, quién sabe por qué. Las mujeres son raras, sentenció con dejo pensativo. Pero el hecho no le arruinó la noche. Ya se le va a pasar, musitó, y arrancó haciendo chillar las llantas del carro. El lugar al que fueron estaba pensado para parejas. Era oscuro, con algunas luces mortecinas en las mesas y las esquinas, cargado de humo y chicas con trajes ajustados haciendo de meseras. Había karaoke. Acá había que ponerse de pie y pasar a un pequeño escenario en donde el cantante era iluminado con una luz cenital, mientras atrás suyo se prendía un tablero de luces de colores. El poeta estaba dispuesto a tirar la casa por la ventana, a ser el punto focal de la atención de todos, a impresionar de una vez y para siempre a la secretaria de la comisaría. Ésta entró creando una ola de admiración entre la clientela. Varios pares de ojos la siguieron en su entrada triunfal a la que ella, seguramente, ya estaba acostumbrada, porque no se inmutó en absoluto. El poeta se comportaba especialmente acaramelado con ella, le retiró la silla para que se sentara, antes la ayudó a quitarse la chaquetita que traía encima, se sentó a su lado sin dejar de verla a los ojos. Jorge tuvo a peregrina idea de que el poeta se estaba enamorando de nuevo y que ya había olvidado a Alicia. No la había olvidado, pero estaba tratando de consolarse. Eso le diría después a Jorge cuando, más tranquilos, conversarían sobre los acontecimientos. Pidió la lista de canciones y escogió: José José, José Feliciano, Julio Iglesias. La suerte de la mujer estaba echada, nada podría salvarla del poder seductor del poeta. Sabiendo de la

fuerza devastadora de su voz, se regodeó en la silla y pidió el consabido vaso de agua. Ella pidió un ron tonic y Jorge una cerveza.

Efectivamente, la diva no resistió los encantos del hombre. Desde el primer momento en que éste abrió la boca en el escenario y dejó salir las primeras notas de “El triste” de José José, cayó rendida a sus pies. Ya el poemario había sido una estocada que la tenía mal herida, pero la voz del poeta fue el acabóse. No había nada en el mundo que hubiera podido convencerla de que no se había sacado la lotería. Más tarde, ya en el carro, escucharía que le diría al oído, bajito y cariñosamente, que nada sucedía por casualidad, que estaba escrito que ellos se encontrarían esa noche y que la desaparición de Alicia no había sido sino la vía que el destino había escogido para que se encontraran. Cuando el poeta empezó a cantar ella cayó en el arrobamiento total. Ni siquiera probó su trago, estaba como alelada. Él sabía que sería así pues muchas veces había probado antes el efecto narcotizante e hipnótico de su voz. Aunque las luces del escenario no le permitían distinguirla entre el público, estaba seguro de que ella, en el preciso momento en que él cantaba, llegaba al éxtasis, caía a sus pies, totalmente rendida y entregada. No había secretaria en San José Urlán que pudiera resistir la embestida que el poeta había montado. El público premió las cuatro o cinco canciones con un aplauso caluroso y sincero que no paró sino hasta que el poeta se sentó y tomó un largo trago de agua. No faltaron quienes le pidieran otra, pero él dijo que más tarde, que ahora estaba un poco cansado. Lo que quería era recoger los primeros frutos de su inmisericorde ataque: tomó las dos manos de la mujer que lo veía sonriente y las besó delicadamente, como si las rozara el ala de una mariposa, dijo ella. Se vieron largamente a los ojos sin decirse absolutamente nada, mientras desde algunas mesas vecinas los veían con curiosidad por-

que era evidente que la mujerona que había entrado creando olas de admiración estaba sometida a furioso fuego del enemigo. Jorge estaba de más y se sentía incómodo, pero no tenía cómo ni a dónde ir, por lo que no tenía más remedio que convertirse en testigo excepcional de los acontecimientos. Pidió otra cerveza y trató de distraerse con los otros cantantes los cuales, invariablemente, subían al escenario pidiendo disculpas por no tener la voz, el estilo y el garbo del poeta. Éste agradecía desde su sitio con leves asentimientos de cabeza. La mesa en donde estaban se había transformado en el centro de la atención de todos. La mujer y el cantante, que para el público presente no era el poeta, se robaban todas las miradas. Ambos estaban felices. En la cumbre de la fama y el éxito se querían como dos adolescentes. Alicia no existía ni había existido nunca, y el trámite de divorcio se había reiniciado ya en la mente y el corazón del poeta. A esa relación, de todas formas, se la iba a llevar el río, diría después tratando de hacer un balance objetivo y serio de los acontecimientos. No hay como una sacudida igual a la que me dio Shirley Yorlenny, que era el nombre de su nuevo amor, como para darse cuenta de las cosas. Si Shirley Yorlenny había quedado devastada, él no lo estaba menos. Fue un flechazo, amor a primera vista, algo totalmente inesperado. Se sentía anonadado ante la certidumbre que, ahora sí, había encontrado a la mujer con la que podría ser feliz libando las mieles del placer para siempre. Aunque ya estaba enamorado desde la oficina de la comisaría a donde habían ido a declarar, la certidumbre total la tuvo esa noche, cuando Shirley Yorlenny se acostó con él, ocupando el sitio de honor ya no solo en el carro sino también en la cama matrimonial, beneficiándose del aire acondicionado y las sábanas limpias que, afortunadamente, el poeta tenía guardadas en el armario. Es una princesa, Maestro, como un sueño hecho realidad que te llega de

pronto y llena completamente tu vida. Voy a escribir otro poemario, sentenció.

A Jorge no le cupo la menor duda que el nuevo poemario sería un nuevo y devastador éxito. Se oía en el ambiente, lo presagiaban las frases que el poeta decía, sueltas, al pasar. Sería epopéyico, grandioso, elocuente. Una obra de madurez. Empezó a escribir esa misma noche sobre una vil servilleta del bar El Sambuco Número Dos, que fue en donde concluyó su labor de seducción total. Ella no podía creerlo, estaba transformándose en la musa, algo que ni en sus más atrevidos sueños podría haberse imaginado. Cuando lo supiera Etelvina no lo podría creer. Iba a ser la envidia de todas las de la comisaría y del Juzgado de Primera Instancia, que quedaba en el edificio de al lado. Lo que escribió esa noche al calor de los acontecimientos fue de tal dimensión y fuerza que de ahí se tomaría, semanas más tarde, la frase que daría título a la nueva obra que, tal como lo intuyera en su momento Jorge, se convertiría en la obra insignia de la literatura romántica de San José Urlán. Eso él ya no lo vería porque hubo de marcharse mucho antes de que terminara de escribirla y se la publicaran, pero se fue con la certeza de que se estaba perdiendo nada más y nada menos que el ascenso final hacia la cúspide, cuando ya no caería más en el olvido de sus compatriotas, le reconocerían como el poeta que los representaba a todos y sería incluido en los libros de texto, desde la escuela hasta los manuales de literatura que se estudiaban en las universidades.

Mientras todo eso aún no sucedía, el poeta se encontraba ofuscado en dos tareas inmediatas que requerían toda su atención. La primera era amar, y demostrarle su amor a Shirley Yorleny. La segunda era localizar a Alicia a toda costa. Su nuevo, fulminante y defi-

nitivo amor tenía un papel que jugar en ambas. En la primera no tenía que hacer mucho, solo dejarse admirar, desear y amar como ella sabía hacerlo muy bien porque ya tenía camino recorrido en esa dirección. Ciertamente no en la dimensión de lo que estaba viviendo, pero tenía experiencia, eso no se podía negar. En la segunda también tenía referencias anteriores que le serían ahora de utilidad, porque San José Urlán se había convertido, desde varios años atrás, en el paraíso de las desapariciones de todo tipo: políticas primero, cuando la guerra la asoló y los secuestros habían sido utilizados como arma para eliminar a los que se consideraban un estorbo para determinadas posiciones políticas. Después, cuando ésta terminó, como instrumento para obtener dinero pagado como rescate. Los acontecimientos habían llegado tan lejos que ya existía lo que llamaban el secuestro express, que consistía en secuestrar a alguien y pedir una cantidad no muy elevada de dinero con el fin que la familia del secuestrado pudiera reunirla rápidamente y no acudir a la policía. Lo raro en el caso de Alicia era que nadie había reivindicado el hecho ni pedido rescate. Los secuestradores, si es que existían, estaban actuando de forma inusual.

Mientras se dejaba amar por el poeta, Shirley Yorlenny puso en movimiento su red de contactos informales. Primero, con agentes del mismo cuerpo de policía de la comandancia en donde trabajaba, que tenían múltiples conexiones con el bajo mundo de la ciudad. Lo que obtuvo después de indagar fue que nadie sabía absolutamente nada del secuestro. El siguiente paso consistió en activar los vínculos que tenían sus amigas con personajes encumbrados del gobierno con quienes sostenían relaciones amorosas ilícitas y secretas. Tampoco por ahí obtuvo nada. Era como si a Alicia se la hubiera tragado la tierra y hubiera desaparecido mientras oraba frente al altar mayor de la

catedral. Envió a un amigo, que le debía ciertos favores menores, para ver si podía encontrar a alguien que pudiera dar alguna pista de lo que había hecho la mujer cuando había entrado a la iglesia, y ahí sí obtuvo un débil rastro: un mendigo dijo haberla visto; recordaba el color de su pantalón porque le había dado una limosna que sacó de uno de sus bolsillos. La mujer del pantalón rojo a rayitas, dijo, sí, yo la vi, entró y se fue hacia el fondo, pero no puedo decir más. Con eso, por lo menos se tenía certeza que la versión inicial que había dado el trío formado por el poeta, Jorge y la Peque era correcta: Alicia había entrado a la iglesia.

Con lo que Shirley Yorleny no había contado era con la envidia de las amigas. En cuanto se corrió la noticia que ella, y solo ella, se había convertido en la musa del poeta, afloraron todos los resquemores que habían tenido guardados por años. Pronto empezó a cundir el infundio según el cual era posible, no es que se afirmara que así fuera, pero era posible, que entre el poeta y ella hubieran planeado la desaparición de Alicia, que se había convertido en estorbo para ellos que se amaban locamente, como bien lo ejemplificaban los poemas arrebatados del poeta. Shirleycita fue vista con cierta suspicacia desde entonces y, sin que lo supiera, se le empezó a seguir los pasos. Lo que se dedujo era vox populi y estaba a la vista de todos: ella y el poeta cohabitaban en la casa de él y llevaban una relación que algunos vecinos caracterizaron como rayana en el escándalo. Las que dieron esa información fueron sobre todo amas de casa, porque los varones no hicieron esa valoración de los acontecimientos. Ellos, por el contrario, dieron muestras de satisfacción porque una vecina con las dotes de la señora del poeta se hubiera mudado al barrio. Ella, dijeron, a veces se mostraba relativamente ligera de ropas en la puerta de su casa, lo cual no era del todo desagradable, pero aparte

de eso no había nada más que mencionar que se saliera de lo común. Se intervinieron el teléfono de la casa del poeta y el celular de ella, pero tampoco se tuvo ningún resultado favorable a la investigación. Todo esto sucedió muy rápidamente, en las siguientes veinticuatro horas que siguieron a la desaparición de Alicia.

El poeta, mientras tanto, le dedicaba buena parte del tiempo que le sobraba cuando no estaba haciendo averiguaciones o conjeturas respecto a la que ya catalogaba como misteriosa desaparición, a escribir como un desafortunado los poemas que dedicaba, íntegramente, a la mujer de sus sueños. Vas a echar a perder la máquina, le decía Jorge, que lo veía sentarse a la computadora como un poseso y dar gritos cada tanto, cuando hacía algún hallazgo literario que lo llenaba de alegría. La Peque miraba todo con suspicacia. Ella es así, le aclaraba el poeta a Jorge, siempre me está criticando y viéndole el lado negativo a las cosas. Ahora de seguro que tiene celos de Shirley y por eso está trompuda. Ella no decía nada, excepto breves y lacónicos comentarios como ya vas a ver lo que va a ser el golpe cuando se caiga de esa nube. A buen entendedor, pocas palabras. El poeta no le hacía caso: se conocían muy bien y no se iban a enojar por esas minucias. A quien sí definitivamente no tragaba era a Shirleycita. Simplemente no la miraba ni le hablaba y parecía no oírla. Para ella era un cero a la izquierda y, según su experiencia, el poeta no tardaría mucho tiempo antes de tirarla por la borda como había hecho con el resto, incluyendo a su esposa. Jamás, gritaba exaltado el poeta, nunca la dejaré. Esta es una mujerona que ni siquiera me merezco, con quien he conocido la felicidad y con quien ni siquiera he tenido que utilizar suplemento vitamínico alguno para funcionar como se debe. No había manera de hacerlo entrar en razón, de mesurarlo, de

atemperar su entusiasmo que a cada momento agregaba más cualidades al objeto del deseo.

Jorge nunca había visto una transfiguración como la que sufrió el bardo en menos de doce horas. Se olvidó por completo de su vegetarianismo y de todos los males que curaba con las múltiples tabletas que había tomado hasta la víspera. Se volvió hiperactivo y miraba con ojos desorbitados a su alrededor. Estaba en un estado de excitación alarmante, tanto que Jorge sugirió, como medida de precaución, que visitaran a un médico porque a lo mejor lo que necesitaba era un calmante. No, dijo la Peque, que volvió a esgrimir su experiencia, no te preocupés que ya se le va a pasar. Después, ni se acuerda de lo que dijo o hizo.

Otra que había dado un vuelco de ciento ochenta grados era Shirley Yorlenny. De la mujer perpleja por haberse transformado en la musa del poeta, había pasado a ser la dueña de la casa. En el poco tiempo que había transcurrido desde el golpe certero con el cual el poeta la había cautivado definitivamente en el karaoke, su llegada temerosa y un poco desconcertada al hogar del poeta esa misma noche, y las siguientes veinticuatro horas, ella se transformó en la reina del hogar que empezó por poner orden en el caos circundante. Es lo que hacen todas, dijo la Peque, tienen alma de sirvienta y lo primero que hacen es asumirse como guardianas del orden y la limpieza del cubil en el que se revolcarán con el poeta. Era la forma cruda de ver las cosas. A Jorge no le pareció mal que se sacudiera y barrierá un poco, que se tiraran algunos trastos que a ojos vista estaban inservibles hacía mucho tiempo, y que se pusiera a funcionar, aunque fuera tímidamente, la cocina. En esas estaba, precisamente, Shirley Yorlenny la tarde del miércoles, justo antes del atardecer, cuando llegaron

sus colegas de la comisaría con una orden de cateo de la casa. Se deshicieron en excusas, dijeron que solo verían por encimita pero que no podían sino cumplir con su deber. Efectivamente, no hicieron mucho alboroto, recorrieron las dos habitaciones, le dieron vuelta a algunos papeles que el poeta tenía al lado de su computadora y que contenían algunos de los poemas que, más tarde, lo catapultarían al pedestal de la gloria, volvieron a pedir excusas y se fueron. ¿Qué está pasando, mi amor?, le dijo asustado el poeta a Shirleycita, que también había quedado sorprendida con la medida y por primera vez en las últimas veinticuatro horas había dejado de sonreír. No te preocupes, amor, le dijo tratando de aparentar calma, son investigaciones rutinarias que los compas de la comisaría no pueden dejar de hacer. El poeta se tranquilizó e incluso volvió a su máquina agradeciendo entre dientes el tesón que ponían para encontrar a Alicia. Shirley Yorlery, sin embargo, no estaba nada tranquila. Si habían hecho ese allanamiento era porque ellos se encontraban en el centro de las sospechas. De eso no cabía la menor duda. Lo que ni ella ni nadie podía saber a esas alturas de los acontecimientos era el giro que tomaría todo apenas unas cuantas horas más tarde.

Efectivamente, nadie se había imaginado aún el impacto que la noticia del secuestro y el enamoramiento inmediato del poeta había tenido en la sociedad decente de San José Urlán. Un secuestro vaya y pase, pero un secuestro acompañado del amor fulminante del marido de la víctima con una diva de dudosa reputación, era algo colindante con el escándalo. En nombre de la moral, crecientemente deteriorada de la sociedad, no podía ni debía dejarse pasar tamaña transgresión de las normas de la convivencia. La pasividad era una de las razones principales de que, a esas alturas, San José Urlán se estuviera transformando en una tierra de nadie. Fue eso lo que se discu-

tió en primer término en la reunión que la tarde del miércoles, al mismo tiempo que se realizaba el registro de la casa del poeta, realizaron las fuerzas vivas de la ciudad, entre ellas la Asociación de Damas Pro-Hospital San Juan de Dios, el Club Jardín de San José Urlán, el Círculo Palas Atenea para el Fomento de la Creatividad de la Juventud Estudiosa, la Asociación de Señoras de Abogados y el Arzobispo Primado. Conchita Pérez de Aycinena-Johannsen tomó la palabra en primera instancia e instó, con comedimiento no exento de énfasis, a las y los presentes -dijo- a que todas y todos tomaran cartas en el asunto y no dejaran pasar un escándalo que, con toda seguridad, vendría a ser un elemento más, pero muy importante, que contribuiría al deterioro del decoro de las ciudadanas y los y ciudadanos de la ciudad, de nuestros propios hijas e hijos, dijo al final no sin que su voz dejara traslucir un dejo de angustia que conmocionó a todos los presentes. Sus palabras introductorias dictaron el espíritu de la reunión y fueron secundadas y profundizadas por todos los que, después de ella, hicieron uso de la palabra. Esa noche fue trascendental. Por primera vez en la historia moderna de la ciudad, se constituyó un Frente Permanente para la Defensa de los Valores Morales, Cívicos y Familiares de San José Urlán, que en las siguientes horas recibiría, en avalancha, la adhesión de muchas otras asociaciones y ciudadanos individuales de la más pura cepa josefina quienes, hondamente preocupados del cariz que habían tomado los acontecimientos sociales en los últimos años, pensaban que ya era hora de hacer algo, de que la sociedad decente defendiera el modo de vida que los había caracterizado y distinguido, y que había sido siempre su sello de identidad. La idea prevaleciente era que, de ahora en adelante, la delincuencia, el crimen, la corrupción y la inmoralidad tuvieran un tope que revertiera el deterioro y proyectara una imagen distinta, sobre

todo hacia el exterior, pues era una vergüenza que ya se murmurara en corrillos internacionales que San José Urlán había dejado de ser lo que siempre había sido, un ejemplo de cómo con poco se puede hacer mucho, y todos los ciudadanos pueden vivir en paz y armonía. Las fuerzas vivas de San José Urlán tomaron esa noche la decisión de sacar un comunicado, a página entera en el diario de mayor circulación, en el que se denunciarían los hechos que habían venido a colmar la copa, y en los cuales el principal protagonista era el poeta, y se presentarían ante la ciudadanía en general las bases del Frente. Así se hizo y, aunque era tarde y la rotativas del diario elegido se encontraban a punto de iniciar la impresión del ejemplar del día jueves, la benevolencia de su director, cuya esposa se encontraba entre las principales firmantes del comunicado, permitió que fuera insertado y destacado de acuerdo con lo que las circunstancias requerían.

Tal como lo habían previsto los participantes en la trascendental reunión del miércoles, el impacto que tuvo el comunicado en la sociedad josefina fue mayúsculo. Pocas horas después, todos los noticieros radiales y muchos programas de opinión de radio y televisión, se habían hecho eco de su contenido y hacían comentarios. Era unánime la opinión según la cual esa era la campanada, la voz de alerta que llamaban a iniciar y llevar adelante una verdadera cruzada que limpiara de la podredumbre a la ciudad. Conchita Pérez de Aycinena-Johannsen, más conocida como Doña Conchita (Conchi para las amigas íntimas), se hizo presente en dos o tres de esos programas y terminó exhausta al final del día. Afortunadamente, eran varias las asociaciones firmantes, por lo que otros miembros del Frente pudieron también colaborar con aclarar y profundizar sus fines y objetivos en otros programas de noticias, de opinión y de comentarios de los medios de comunicación. El Arzobispo Primado, de quien se murmu-

raba que pronto sería ascendido al rango de Cardenal por su Santidad el Papa, designó especialmente a un muchacho del Seminario Mayor para que atendiera todas las llamadas que hacía la ciudadanía para buscar la forma de inscribirse y participar en el Frente. Como decía el Arzobispo, era evidente que la declaración había tocado las fibras más íntimas de los hombres y mujeres de buena fe que, hasta entonces, se habían encontrado acorralados en sus hogares sin saber qué hacer, y que miraban con ojos atónitos cómo se desmoronaba la sociedad que sus abuelos les habían heredado, y de la que se sentían tan orgullosos.

El poeta recogió el periódico en la puerta de su casa a las seis de la mañana del jueves, y lo abrió perezosamente, recuperándose de la segunda noche de amor con quien sería (cada vez estaba más seguro) el verdadero, definitivo y, de ahí en adelante, único amor de su vida. Sus imprecaciones retumbaron en la tranquilidad de tan tempranas horas de la mañana. Atónito, se dirigió a la habitación en la que dormía Jorge y lo zarandó por los hombros, mientras le mostraba la página del periódico en la que aparecía el comunicado. Es el colmo, vociferaba, ahora no solo tenemos que ver cómo encontramos a Alicia sino que este montón de viejas cacatúas me atacan como si yo fuera el culpable de todo y, por si fuera poco, ensucian el nombre de Shirley Yorlenny, cuyo único pecado ha sido dejarse amar por mí. Jorge tardó un poco en despabilarse y hacerse cargo de la situación. Evidentemente, el poeta tenía razón: las cosas se habían complicado. Lo mismo opinó Shirleycita, quien había tenido que dejar el tibio lecho antes de la hora debido a los desaforados gritos del poeta. Antes que nada tengo que hacerme un café, dijo soñolienta, porque si no, no funciona. Ya los tres sentados a la mesa leyeron y comentaron lo que el poeta catalogó como un linchamiento, un libelo fraguado por

sus enemigos literarios que querían destruirlo a toda costa. Shirley Yorleny era más cauta y no hacía comentarios, pero se veía que los acontecimientos estaban más allá de lo que podía haberse imaginado dos noches atrás, cuando ingenuamente había caído bajo el embrujo de los encantos del poeta. Voy a arreglarme para ir a la oficina, dijo como distraídamente, y se levantó dejando un rastro de seductor perfume. Le hacía falta arreglarse. Sin el brassier elevador del busto tipo wonderbra, los salvajes tacones número ocho, la faja, los cosméticos Revlon, las pestañas postizas, la minifalda apretada, las medias negras y el postizo de pelo (que le daba un toque especial al peinado), estaba bastante desmejorada. Fue esta, sin embargo, la primera vez que lo notó el poeta porque, el día anterior, ella había pasado directamente de la penumbra de la habitación al baño, de donde había salido despampanante. Por los ojos del enamorado cruzó un rayo de decepción. Fue, sin embargo, algo fugaz, porque en ese momento de lo que se ocupaban era del comunicado del Frente. El poeta se sentía acorralado y difamado sin razón alguna. Él había actuado siempre de buena fe, de acuerdo con sus sentimientos más nobles, sin dobleces ni ningún tipo de hipocresía. No era posible, decía casi lloroso, que lo trataran de esa forma a él, que había dado muestras de su valía cuando había publicado *Siempre contigo* y, por ello, esa misma gente que hoy lo lapidaba lo había alabado y rendido pleitesía.

Era difícil pensar fríamente. Los acontecimientos se habían desencadenado de forma precipitada y no habían dejado tiempo para recapacitar. Era evidente, sin embargo, que recapacitando o sin recapacitar, lo que estaba pasando los sobrepasaba y se había salido de sus manos. Hasta apenas cuarenta y ocho horas antes todo parecía enrumbarse hacia la consolidación de la pareja poeta-Alicia, pero ahora era un caos que amenazaba con barrerlos. La Peque llamó por

teléfono y maldijo contra esas viejas encopetadas que lo que les hace falta es alguien que las haga felices, dijo enojada, y prometió que movilizaría al gremio del magisterio para defender al poeta. Éste le agradeció el gesto pero siempre quedó preocupado. Estas viejas cabronas, dijo abandonando el lenguaje poético que había prevalecido en su vocabulario en las últimas horas, lo que quieren es aprovecharse de la situación para revertir el proceso de pérdida de legitimidad de la propuesta política de sus maridos. No lo vamos a permitir, exclamó enfáticamente golpeando la mesa que, a esas alturas, después de la primera racha de limpieza propiciada por Shirley Yorlenny, se encontraba libre de frascos de medicamentos, hojas sueltas, cuadernos, libros y exámenes de estudiantes. Lo primero que hay que saber, musitó Jorge, es dónde está Alicia, qué le pasó. Puede estar pasándola mal, la pobre, concluyó mirando hacia la puerta con un dejo de tristeza, como suponiendo que podía haberle pasado cualquier cosa en manos de algún facineroso.

IV

Se equivocaba Jorge. Alicia estaba mal, pero de ánimo. En la casa de la Peque, viendo al poeta en su ambiente, entusiasmado con la venta de sus libros, había tenido la certeza de que fuera de ese lugar el hombre nunca sería feliz. Ella, por su parte, no podría nunca vivir en ese fin del mundo que era San José Urlán. Primero, por su clima insoportable, caluroso y húmedo, que parecía acrecentarle los males de la menopausia. Segundo, por las condiciones de vida lamentables del poeta, sobre todo para ella, profesora universitaria de alto rango, que ya había pasado por todos los niveles del escalafón universitario y ahora, que tenía un buen salario, no quería volver a las penurias de cuando había ingresado siendo una simple asistente. Tercero, precisamente por su trabajo; le faltaban apenas seis años para jubilarse y no podía dejar todo tirado, como si fuera una chiquilla enamorada, para irse a vivir a una ciudad donde su futuro profesional era incierto. Y, por último, pero no menos importante, porque su familia, sus amigos y todo su prestigio estaban en su país. Irse a

vivir con el poeta significaba tirar toda una vida de esfuerzo por la borda y aventurar por una opción que sólo le ofrecía incertidumbre. En eso había estado pensando durante todo el tiempo que habían estado juntos entre la casa de la Peque y el almuerzo en el comedorcito improvisado de doña Matilde, y por eso había estado tan desacombradamente callada, pero no había podido reunir las fuerzas necesarias para decírselo al poeta. De hecho, no había pensado desaparecer tan abruptamente como lo había hecho; fue orando frente al altar mayor, en un ambiente que le era más familiar, que llegó a la conclusión de que eso debía terminar, y cuanto antes mejor. Así que revisó su bolso y vio que llevaba con ella lo indispensable para tomar el avión y volver a su país: el pasaporte, dinero y el teléfono de la compañía de aviación con la que había volado de venida. Una vez decidida, salió precipitadamente de la iglesia dispuesta a ejecutar la idea de irse. No había estado adentro ni diez minutos, subió a un taxi en el costado opuesto de la iglesia a aquel en el que estaban los tres amigos departiendo con doña Matilde, y en veinte minutos lo hizo detenerse frente a la agencia St. Joseph's Tours, a la que vio por el enorme letrero que la anunciaba a un costado de la calle. No tuvo ni siquiera que ir a la compañía aérea. Ahí, Margarita Elizondo la atendió muy amablemente y le dio la buena noticia que en el vuelo de las cinco y media de la tarde había un cupo que en ese mismo momento le había reservado para ella y que, si se apresuraba, podía llegar al aeropuerto justo a tiempo para chequear con las dos horas y media de antelación que requerían las líneas aéreas después que el terrorismo internacional, le dijo con aire de complot, se había exacerbado contra la democracia. Alicia llegó al aeropuerto y, efectivamente, tal como le había dicho Margarita, no tuvo ningún problema para abordar el avión y partir de regreso a su país. Su enorme maleta, pensó,

podría ser enviada posteriormente por la misma compañía pero, en el peor de los casos, si eso no fuera posible, ella podía reponer fácilmente todo porque solo se trataba de ropa y cosas de uso diario; nada que no pudiera ser reemplazado con el tiempo, sobre todo por ella, mujer con buen salario, sin hijos ni cualquier otro tipo de compromiso familiar.

Cuando el avión despegó sintió una gran tranquilidad espiritual. Por fin había tomado una decisión que había venido postergando desde hacía mucho tiempo atrás porque nunca había tenido claro, como sí lo tenía ahora, el rumbo que quería para su vida. Por eso había dejado que fueran los acontecimientos y las decisiones del poeta las que fueran marcándole el rumbo, un poco a la deriva, viendo qué sucedía sin intervenir. De hecho, el languidecimiento de sus relaciones había sido para ella una tranquilidad -lo veía claro ahora- porque había sentido que, sin haberlo propiciado, todo se estaba acabando. Su decisión de ir hasta San José Urlán, entusiasmada y alegre, no fue sino una salida de tono en relación con lo que había venido sintiendo durante todo el último año. Pero valió la pena el esfuerzo, pensaba ahora, porque por fin se dio cuenta de que no era eso lo que quería y había tomado una decisión definitiva, irrevocable, de eso estaba completamente segura. Por algo tenía fama en la facultad de tener un temperamento resuelto que, extrañamente, no había podido trasladar, hasta ahora, a su vida sentimental. Pero ya estaba hecho, todo había quedado atrás, y mientras el avión avanzaba velozmente por el aire sobre el mar Caribe, más clara era su sensación de que estaba cerrando un capítulo de su vida. Ya habría tiempo después para conversar todo esto con el poeta, y ella no dudaba de que él sería el primero no solo en comprender su decisión sino en compartirla y apoyarla. Más bien, ella lo que había hecho era ahorrar-

le la engorrosa situación de hablarle a ella para decirle, amor, creo que esto no funciona. Eso en el mejor de los casos, es decir, si él se hubiera dado cuenta de la situación; porque lo más probable es que ni siquiera eso hubiera pasado y, un tiempo después, no mucho, de eso estaba segura, la relación entre ellos se habría deteriorado al punto de convertirse en lo que se convertía la relación entre tantas parejas. Estaba segura de todo esto porque había visto cómo ella había ido perdiendo atractivos frente al poeta. Al principio, cuando apenas se habían conocido, él era un hombre siempre dispuesto, fogoso, un garañón, decía él con un dejo de orgullo -que ella catalogaba de machista- que se había ido opacando de a poco hasta llegar a tener la necesidad de tomar todos esos suplementos vitamínicos para poder estar con ella en la cama. A pesar de que era una mujer sin experiencia en esas lides, para Alicia no había señal más evidente que esa: el poeta ya no la deseaba; ella había dejado de ser su musa, su inspiración, el motor de su creatividad. Así como había desaparecido la fama a la que había accedido por *Siempre contigo*, así había también desaparecido el lugar central que ella había ocupado en su vida, en su imaginación, en su frondosa creatividad.

No podía imaginar Alicia el tremendo lío en el que estaba metiendo a su ex-media naranja con aquella partida abrupta. Totalmente ignorante de esa situación, tomó un té caliente cerca de las seis de la tarde y cerró los ojos, esperando que transcurriera la hora y media que aún tenía de vuelo por delante. En ese preciso momento, el poeta y sus dos amigos hacían fila, sentados en la banca despintada de la comisaría de San José Urlán, para denunciar su desaparición. Estaban a tan solo cuarenta y siete minutos de que el bardo conociera a Shirley Yorleny (a la que ya había atisbado fugazmente en la puerta de su oficina) y se enamorara perdidamente de ella transformándola

en la nueva musa que necesitaba su literatura para dar el definitivo salto que necesitaba. Cuando el avión llegó al aeropuerto de destino, tomó un taxi y se fue para su casa. Llegó a las nueve de la noche, casi al mismo tiempo en que Shirleycita salía de su oficina y se dirigía garbosa al carro del poeta que la esperaba ansioso, con las manos húmedas. Tomó una larga ducha y se acostó a ver televisión. Las noticias hablaban del último enfrentamiento entre israelíes y palestinos en las calles de Gaza, del ciclón Ana María que estaba destrozando la isla de Santo Domingo, de los planes de la NASA de iniciar la guerra de las galaxias bombardeando un cometa y del partido de fútbol, del siguiente domingo, el clásico sudamericano decía el locutor enjuto y sonriente desde la pantalla, con impecable corbata de seda roja y traje azul marino, en el que se enfrentarían las escuadras de Brasil y Argentina en un duelo que auguraba que sería a muerte, porque en él se jugaba el pase al mundial, que tendría lugar año y medio después en un país europeo. El sueño la fue venciendo lentamente, y no tardó en dormirse. El televisor se apagó automáticamente a las diez y treinta.

Al día siguiente se levantó como si no hubiera pasado nada, es decir, como si su vida de todos los días no hubiera tenido ese corte de menos de veinticuatro horas en el que había visitado al poeta. Era como si aquello hubiera sido un sueño. Lo único que le recordaba que había sido cierto era que en su closet había menos ropa para escoger qué ponerse. Con premura se arregló y salió para la universidad. Sus compañeros se sorprendieron porque pensaban que no regresaría sino hasta dentro de una semana, pero ella supo salirles al paso y darles alguna explicación, pasajera y sin muchas complicaciones, que los dejó satisfechos. Sólo Marieta, su amiga de siempre, supo la verdad. Vamos a tomar un café y me cuentas todo, le dijo tomándola del

brazo y llevándola hasta la cafetería de la facultad que, a esas horas, estaba desierta. Lo primero que ella le recomendó fue que llamara al poeta lo antes posible para no preocuparlo más de la cuenta. Por supuesto que no tenía la menor idea del zafarrancho que ya se estaba gestando en San José Urlán. Por otra parte, le dijo con aire confidente, me alegro por ti. Eso era una locura. Tú sabes que yo lo aprecio mucho, que lo valoro como escritor y como persona, aunque sea un poco atolondrado, pero siempre pensé que no era lo que tú necesitabas. Ya estamos en una edad en la que no hay que andar experimentando, menos en cosas de amores. Mira a tu alrededor, dijo haciendo un gesto que abarcaba toda la cafetería, ¿no ves que acá tienes de sobra para escoger a alguien responsable y tranquilo con quien puedes construir una vida agradable? Alicia asintió, no sin cierto dejo de tristeza. Ella quería al poeta, a su loco querido, y precisamente su atolondramiento era una de las cosas que despertaban su ternura y deseo de protegerlo. Pero tenía razón Marieta, ya no estaba para esos trotes. A partir de ahora, el poeta no sería más que un recuerdo de una etapa de su vida, un capítulo cerrado que recordaría con nostalgia y que, a lo mejor, extrañaría en algún momento, pero al que no regresaría por nada del mundo. Se había quitado un peso de encima. Una vez tomada la decisión se daba cuenta de cómo la idea que había tenido todo ese tiempo, a pesar de los trámites de divorcio, de que podía retomar la vida de pareja con el poeta, le había estado entorpeciendo la toma de decisiones en su trabajo y su vida personal. Por lo pronto, decidió que cedería a las presiones de sus compañeros para que tomara la dirección de su escuela, y más adelante ya vería qué más podía hacer. Por otra parte, tenía razón Marieta cuando le decía que debía que llamar a San José Urlán para dar cuenta de su decisión para que allá no se preocuparan más de la cuenta. Pero se

sentía sin fuerzas para encarar a quien hasta hace menos de doce horas ella llamaba el amor de mis amores. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo iba a comenzar la conversación? Esas dudas la carcomían por dentro y la paralizaban. Decidió que se daría el día para pensarlo, sin presionarme, dijo, total, seguro que él, con lo despistado que es, a lo mejor ni cuenta se ha dado que no estoy, exagerando, por supuesto, lo poco que ella importaba en la vida del poeta. Y no es que no le importara, o que no ocupara un lugar en su vida, pero lo cierto es que a esas alturas él se encontraba escribiendo, ya, el décimo tercer poema dedicado a Shirley Yorleny, y empezaba también a perfilarse el título del bombazo literario que se encontraba escribiendo. Esa noche, mientras en San José Urlán se estructuraba el Frente Permanente para la Defensa de los Valores Morales, Cívicos y Familiares de la ciudad, Alicia se sentó a escribir, punto por punto (ella era muy sistemática), lo que quería decirle al poeta. Decidió que al día siguiente lo llamaría sin dilación, porque ella no tenía derecho a preocuparlo, ni a él ni a su mediador, a quien había tenido tan poco tiempo para conocer, pero que le había parecido una persona digna de respeto y consideración. Como tenía permiso médico por toda la semana, se fue para su casa y con el ventanal que daba al mar abierto, recordó paso a paso el itinerario que había seguido su amor y la pasión que había sentido por el poeta. No se arrepentía de nada, pensó con nostalgia, y le agradecía a Dios que lo hubiera puesto en su camino porque sin él no se habría atrevido a conocer esa parte de la vida siempre tan temida, y que él le había mostrado atolondrada pero honestamente. ¡Y haber sido su inspiración, su musa! Eso era más, mucho más, de lo que podría haberse imaginado nunca. Viéndolo retrospectivamente, esos años parecían una vorágine de acontecimientos que

estaban totalmente fuera de lo que alguien que la conociera en su país podía imaginarse que podían involucrarla.

La mañana del jueves decidió hacer la llamada de larga distancia después del desayuno. En San José Urlán, mientras tanto, el poeta se vestía atropelladamente, abordaba su bólido refrigerado y se dirigía, con Shirley Yorleny y Jorge, a la comisaría, no solo para dejarla a ella sino, también, para tratar de averiguar si realmente ellos se habían transformado en sospechosos de la desaparición de Alicia. Solo encontró frases y miradas evasivas. Esto no huele nada bien, dijo Shirleycita con la cara desencajada al darse cuenta que todos le sonreían forzosamente, nos quieren linchar sin pruebas, agregó, porque no tienen a quién echarle la culpa y tienen la presión de todos esos encopetados que les están pidiendo resultados. Lo malo, dijo angustiado el poeta, es que no tenemos a dónde acudir para saber algo de Alicia: no existe la más mínima pista que nos permita hacer algo o buscar en alguna parte. Ojalá que los secuestradores llamen pronto, concluyó, porque si no a nosotros nos va a llevar Candanga.

A esas alturas eran ya casi las diez de la mañana. En el otro extremo de la ciudad el equipo de trabajo de St. Joseph's Tours tomaba café mientras comentaba el problema de los riñones de uno de ellos. Juan Lizano, gordo, de corbata que parecía ahorcarle por el tajo que le hacía en la papada, rigurosamente vestido de uniforme (camisa celeste y pantalón azul), ojeaba despreocupadamente el periódico y se detuvo de pronto a leer el comunicado del Frente. Lo leyó con el ceño fruncido, con atención y, cualquiera diría que con preocupación. Tenía tres hijas, y cada día le preocupaba más la inseguridad que prevalecía en la ciudad, al punto que habían tenido que hacer un esfuerzo económico para comprar un carro para la esposa

que ahora se ocupaba de llevarlas y traerlas personalmente del colegio y las fiestecitas de adolescentes. Esto está que arde, ya no se puede más con esta situación, comentó sin que los demás supieran de qué estaba hablando; y agregó: ya es el colmo, ni siquiera conversan con la mujer para decirle que ya las cosas se acabaron, sino que optan por secuestrarla con la amante para quitarla del medio. Curiosos, los demás se enteraron de los acontecimientos que estaban estremeciendo a la sociedad decente de la ciudad. Leyeron el comunicado y compartieron la opinión de Lizano que la situación estaba adquiriendo color de hormiga. Margarita Elizondo no reparó en el nombre de Alicia, que aparecía en el tercer párrafo del comunicado que había leído el gordo, pero una luz se le prendió en el subconsciente y la puso en alerta. Veinte minutos después se levantaron y volvieron a sus oficinas y escritorios. Alicia, Alicia, repetía Margarita hasta que de pronto, cuando estaba atendiendo a un cliente y no pensaba para nada en el famoso nombre exclamó ¡Alicia Sequeira Barraganes!, tirando el lapicero que sostenía en ese momento en la mano derecha y, dejando atónita a la pareja que planeaba el viaje de su vida a Europa con escalas en Madrid, París, Londres y Roma, dijo: si a esa mujer yo la atendí ayer por la tarde, más o menos a la hora en la que dicen que desapareció, y les largó atropelladamente el cuento a todos los que, en ese momento, se encontraban en las oficinas de St. Joseph's Tours, creando un alboroto en el que todos daban su opinión sobre si sería posible que la señora hubiera estado comprando el pasaje coaccionada por algún secuestrador, o tal vez por el poeta mismo y su amante, ya que el comunicado los acusaba directamente a ellos de ser los responsables de la desaparición, a lo que otros se oponían argumentando que cómo iba a ser eso, porque en todo caso ella habría tenido tiempo de dar la voz de alarma comunicándole a la

señorita Elizondo de la situación que estaba viviendo, sin faltar tampoco los escépticos y los incrédulos, quienes creían que la señorita se había equivocado y quien había llegado la tarde anterior no era la tal Alicia Sequeira Barraganes, secuestrada por su marido y su amante sino, seguramente, alguien con nombre o datos personales parecidos. En esas estaban cuando el gordo Lizano insinuó si no sería conveniente llamar a la policía porque, aunque él se contaba en el bando de los escépticos, no estaba mal averiguar y, además, dijo con aire de suficiencia, no hay que especular mucho, ahí está la reservación que hizo Margarita ayer, y solo hay que buscar en la computadora para ver si el nombre coincide, lo cual hizo la muchacha apresuradamente. Lanzó inmediatamente un grito que dejó helados a todos los presentes, trabajadores y clientes de la empresa. Exclamó acto seguido que sí, que el nombre coincidía exactamente, sin que variara ni una letra, y que ahí tenía incluso el número de su pasaporte, la hora a la que había hecho su reservación, porque el pasaje ya estaba comprado, y la confirmación de que había abordado el avión en el aeropuerto internacional de San José Urlán, por lo que a esa horas, agregó de su propio peculio mientras levantaba los ojos de la pantalla, ya se encontraba en su país desde hacía más de doce horas. Sencilísimo, dijo Juan Lizano con aire de saberlas de todas todas, sólo tenemos que avisar a la autoridad correspondiente para que este asunto se aclare, con lo que, al ser las once de la mañana con veintiocho minutos se dieron a la tarea de buscar el número de la comisaría en la guía telefónica.

Media hora antes de los acontecimientos que tenían lugar en las oficinas de St. Joseph's Tours, Alicia había llamado insistentemente a la casa del poeta pero no obtenía respuesta, lo cual era lógico porque ahí no había nadie. A esas alturas, él y Jorge, con aire de

desahuciados, estaban sentados en el comedor de doña Matilde. Se devanaban los sesos tratando de encontrar una explicación a la misteriosa desaparición de Alicia. Reconstruyeron los hechos varias veces, caminaron por el lugar por donde habían visto desaparecer a la mujer, volvieron a preguntar a mendigos y vendedores pero no sacaron nada en claro. Faltando diez minutos para las doce pusieron atención a la radio. Doña Matilde había sintonizado, desde hacía veinte minutos, el noticiero La Catedral de la Noticia, que se transmitía todos los días (excepto sábados y domingos) de las once y treinta a las doce y treinta de la mañana. Cuando el poeta y Jorge pusieron atención, la voz ronca del locutor empezó a desgranar el editorial del día: No podemos seguir así, dijo con aire teatral, hemos llegado a un límite que no se puede transgredir si no es a riesgo de que toda nuestra sociedad se desmorone. Durante los siguientes diez minutos, hasta las doce en punto, cuando el editorial dio paso al canto del Ave María entonado por un barítono de moda, se acusó al poeta de ser la esencia reconcentrada de los males que asolaban a la ciudad. No es de extrañar, dijo, que sea en ese ámbito de la sociedad en donde se exprese más claramente el nivel de degeneración al que hemos llegado, y acto seguido hacía ver a la ciudadanía que eran aquellos que llevaban una vida disoluta, bohemia, los que primero caían en las garras del crimen y el vicio. Ahora resulta que también soy vicioso, dijo el poeta con indignación pero, también, con resignación. Parecía que tenía en contra a todo el mundo y que nadie le creía. Estaba contra la pared y si no había señales de Alicia, dijo, sería linchado en las calles de San José Urlán.

A esas alturas, Alicia había optado por llamar a la Peque, porque tenía dos horas de intentar en vano comunicarse con el poeta a su casa. Ésta se encontraba enfrascada en la movilización del gremio

magisterial para poner en marcha la estrategia de clase contra clase, es decir, las clases populares en contra de la clase de todos los explotadores y sus acólitos que se habían propuesto defenestrar al poeta. Ya estaban avisadas las divisiones de varias ciudades a la redonda y, en primer lugar, la de San José Urlán, que sesionaría esa misma tarde, a partir de las cinco, cuando habrían concluido las lecciones de la mayoría de los liceos de la ciudad, para establecer un plan de acción. Había estado ocupando el teléfono toda la mañana en estos menesteres e, iracunda, se disponía a llamar, a la misma hora en la que el poeta y Jorge escuchaban el editorial de La Catedral de la Noticia, al gremio hermano de la Asociación Nacional de Empleados Públicos y Afines (ANEPAF), que seguramente se solidarizaría con la causa que buscaba desenmascarar las patrañas de la clase dominante josefina, y respaldar al poeta en ese momento difícil. Se había levantado a buscar un vaso de jugo de mango que tenía en el refrigerador, cuando la llamada de Alicia logró entrar. El teléfono repiqueteó varias veces y la Peque salió de la cocina apresuradamente diciendo ya, ya, un momento, como si quien llamaba la fuera a oír, y levantó el auricular mientras decía aloouuuuu con el cantadito típico de los josefinos. Casi deja caer el teléfono cuando escuchó la voz de Alicia del otro lado: Peque, ¿cómo estás?, fue lo primero que atinó a decir ésta al darse cuenta que la otra casi se desmaya al escucharla. De la impresión, la Peque soltó el vaso con el néctar que tenía en la mano y tuvo que sentarse: era la primera comunicación que se tenía con Alicia después del secuestro, y de seguro estaba hablando a instancias de quienes la retenían para establecer los términos de la negociación para que la soltaran. Como un rayo pensó que seguramente todo el escándalo que se había desatado en los periódicos, la radio y la televisión había asustado a los secuestradores quienes, no que-

riendo que la situación se complicara más, estaban estableciendo contacto. Decime, ¿no te han hecho daño?, fue lo primero que atinó a preguntar ansiosamente, mientras buscaba papel y lápiz por si tenía que anotar alguna información que después tuviera que comunicar al poeta. ¿Daño?, respondió extrañada Alicia, ¿Quién iba a querer hacerme daño? yo no tengo ningún problema, le dijo riendo. ¿Ya te soltaron entonces? ¿En dónde estás?, preguntó la Peque inmediatamente creyendo ahora que el revuelo que había levantado su desaparición había obligado a sus captores a dejarla en libertad. No, dijo Alicia, yo estoy en mi casa, en mi país, y para eso los llamo, para decirles que no se preocupen, que yo estoy bien. Dile al poeta que ya lo llamaré yo... No pudo terminar. La Peque soltó una sarta de imprecaciones de las que nadie de la familia de Alicia salió bien parado. Puteó a grito pelado de tal forma que los vecinos llegaron a ver qué le estaba pasando. Algunos comentaban en la puerta que seguramente habían encontrado el cadáver de la secuestrada y la Peque estaba insultando a ese mundo injusto en el que les había tocado vivir. Alicia, desconcertada, no sabía qué decir ni a qué atenerse porque lo único que recibía era la andanada que le auguraba la peor de las suertes hasta el día de su muerte. Colgá, le gritó al fin la Peque, colgá el teléfono y dejame la línea libre para llamar y aclarar esta situación, no ves que aquí están a punto de quemar al poeta en una hoguera en el Parque Central, y quedate en tu casa, para que podamos localizarte, le espetó al final, con lo cual, atónita, Alicia colgó. Estaba anonadada. Nunca se podría haber imaginado que su desaparición fuera a desatar los acontecimientos que, muy por encima, la Peque le había mencionado. Siguiendo las instrucciones que tan tajantemente había recibido, se sentó y esperó.

Los acontecimientos se estaban precipitando. Al mismo tiempo que la llamada de la Peque entraba a la oficina del oficial mayor de la comisaría de la ciudad, el sargento de guardia recibía otra procedente de la agencia de viajes St. Joseph's Tours, en la que una voz angustiada le desgranaba la versión según la cual Alicia Sequeira no estaba secuestrada sino que había partido de vuelta a su país la tarde del día anterior. Se lo digo yo, gritó por el teléfono Margarita Elizondo, que le hice la reservación en el avión y que tengo en pantalla la información de que ya está en su país. La noticia corrió como pólvora. La secretaria del oficial mayor salió corriendo lo más rápido que le permitían los zapatos altos como zancos en los cuales se encontraba encaramada, para hacerle saber la buena nueva a Shirley Yorleny quien, a esas alturas, había sufrido durante toda la mañana el vacío en el que la sumían todos aquellos que, hasta hacía menos de doce horas, ella consideraba sus compañeros de trabajo. Pero ya tendría tiempo de vengarse más tarde, cuando el poeta la elevara sobre el pedestal más hermoso que mujer alguna podría haber tenido nunca en la ciudad. Quien ríe de último ríe mejor. La encontró comiendo sola en su escritorio, y casi se atraganta el sándwich de mortadela que se estaba llevando a la boca en ese momento, cuando la otra entró atropelladamente y le gritó desde la puerta ¡apareció! y no tuvo que decir más porque estaba de sobra; ya ella sabía que quien había aparecido era la mujer del poeta, mejor dicho ex-mujer, porque ahora era ella la que, por derecho propio, ocupaba el lugar de honor en su corazón, y no esperó a que le dijeran más y salió ella también corriendo para contarle al poeta la buena nueva, sin que sin embargo supiera para dónde correr porque el bardo no le había dicho para dónde iba cuando temprano en la mañana la había pasado dejando al trabajo. Pero ella salió y corrió, y empezó a diseminar la noticia que,

a esas alturas, ya había sido conocida por la Catedral de la Noticia, que interrumpió su programación habitual para dar un flash de última hora, atención a toda la ciudadanía de San José Urlán, atención, atención, se ha conocido de último momento que la señora Alicia Sequeira ha aparecido sana y salva en un predio baldío en las orillas de la ciudad, en donde fue abandonada por sus captores después de haberse sentido cercados por las incesantes gestiones de la policía de investigaciones criminales de San José Urlán, que no ha descansado desde que el hecho fue denunciado por su señor esposo, el conocido autor de *Siempre contigo*, y por la presión que ejercieron sobre ellos las fuerzas vivas de la ciudad encabezadas por el ya ampliamente conocido Frente Permanente para la Defensa de los Valores Morales, Cívicos y Familiares de la ciudad. Se sabe de buena fuente, concluía el boletín noticioso que, posteriormente, sería retransmitido cada quince minutos, que la señora Sequeira se encuentra gozando de buena salud y que ha manifestado personalmente su agradecimiento por todas las gestiones realizadas. El poeta y Jorge, que seguían sentados en el comedor de doña Matilde, tomándose el enésimo café que la señora, dadivosamente, les había servido para tratar de elevarles el optimismo, se atragantaron, igual que Shirley Yorleny unos minutos antes, cuando había sido ella a quien le había tocado recibir el notición que, a esas alturas de los acontecimientos, ya tenía varias versiones, una de las cuales era que el poeta y su amante habían sido sorprendidos por la policía en el momento en que sacaban a Alicia del escondrijo en el que la tenían, seguramente para deshacerse definitivamente de ella. El Frente había sido convocado de urgencia y sus miembros habían acudido, todos sin excepción, en el término de la distancia. La sala en la que se encontraban reunidos en el Palacio Arzobispal era un hervidero de comentarios, dimes y

diretes, cuando entró doña Concha, quien con su sola presencia impuso respeto entre la concurrencia, tal era su ascendencia sobre ella, e inmediatamente dio inicio la sesión número dos que sostenía el Frente en el tiempo que tenía de creado, y quien tomó la palabra fue la misma doña Concha, quien dijo, no antes de aclararse un poco la voz, deteriorada por las entrevistas que había tenido que dar hasta entonces y, seguramente, también por la emoción, que se sabía por interpósito y confiable conducto que la señora Sequeira había aparecido, aparentemente sana y salva, lo cual provocaba, en caso de ser cierto, enorme regocijo y beneplácito entre todas y todos, lo cual debía ser comunicado a la opinión pública en cuanto tales hechos fueran confirmados por los entes competentes. Sin embargo, dijo elevando la voz, este Frente no debe desmayar, de ahora en adelante, en seguir con la labor emprendida por hombres y mujeres responsables, defensoras y defensores de los más caros valores morales que constituyen el pilar de la sociedad josefina, lo cual fue recibido con general aprobación, momento aprovechado por el arzobispo primado para recordar, a todos los presentes, que se trataba de una cruzada, y no debían escatimarse esfuerzos para poner un hasta aquí a los males que estaban llevando a la grey al despeñadero. Una vez hechas esas intervenciones y otras más de menor monta, el grupo se dispersó sin haber programado una próxima reunión, pero con la firme convicción que se llevaría a cabo en el momento en que fuera considerado necesario.

Tanto Margarita Elizondo como la Peque fueron conminadas a presentarse en la comisaría de la ciudad lo antes posible, para rendir sus respectivas declaraciones. No teniendo seguridad que tal conminación sería atendida con la prontitud y diligencia del caso, el señor oficial mayor envió por ellas en sendas patrullas que causaron revue-

lo, tanto en St. Joseph's Tours, como en la casa de la Peque. En la primera, los compañeros de Margarita salieron en grupo a acompañarla hasta que abordó el carro policial, cuyas luces titilaban azules y rojas desde su techo, y luego le dijeron unánimemente adiós con la mano, mientras hacían votos por que todo saliera bien y estuviera de vuelta lo antes posible. En el barrio de la Peque, humilde y proletario, el revuelo fue mayor porque algunos vecinos se asustaron pensando que se trataba de una redada policial en busca de bienes ilícitamente habidos u otros materiales u objetos prohibidos, por lo que cuando la patrulla desembocó en la pequeña calle terrosa de una sola vía, se escucharon gritos de alerta y de alarma a los que siguió una estampida, sobre todo de muchachos entre los quince y los veinticuatro años cumplidos, que saltaron bardas, cercas y paredes, dejando semi des-poblado el vecindario. Todo se tranquilizó cuando vieron que no se trataba más que de lo que interpretaron como la detención de la Peque, quien salió acompañada de uno de los agentes y subió tranquilamente al asiento trasero del automotor oficial, y que seguramente estaba siendo llevada a la comisaría por sus actividades subversivas en contra de las instituciones establecidas. Ambos automóviles llegaron casi simultáneamente a las oficinas de la fuerza pública en las que ambas damas serían interrogadas convenientemente. Bajó la Peque y fue directamente conducida a la oficina en la cual se le tomaría la declaración, y sorprendida encontró que quien lo haría sería nada más y nada menos que la mismísima Shirley Yorleny, quien a esas alturas de los acontecimientos había vuelto a obtener la hasta hace un par de horas perdida confianza que en ella tenían no solo sus colegas sino, también, su jefe, el oficial mayor de la comisaría, desconfianza que le había dolido especialmente porque con él había tenido en el pasado una relación especial, que bien sabía él que se había

terminado por la irrupción violenta e intempestiva de su señora esposa, y no porque ella lo quisiera. En una banca, distante unos dos metros del pequeño escritorio al frente del cual estaba sentada la secretaria, se encontraba ya la señorita Margarita Elizondo, quien aún no había declarado y que esperaba, no exenta de nerviosismo, su turno. Pero en aras del previo conocimiento que ya existía entre ambas, Shirley Yorleny le otorgó el primer lugar para declarar a la Peque, la cual, ni corta ni perezosa, se sentó en donde le indicaban, sin saber que la que se encontraba a un costado había sido, al igual que ella, conminada a declarar para el mismo caso, a saber, el de la desaparición de Alicia. La relación que, como se ve, se había reiniciado de forma amistosa dado el gesto de condescendencia de la secretaria que tomaría la declaración, se vio prontamente opacada por el simple hecho que la Peque denominó y caracterizó a Alicia como “la esposa del poeta”, denominación en la que la otra percibió un cierto intento de recordarle que ella no era sino una advenediza. A pesar de ese inicial incidente, la sangre no llegó al río, y la declaración pudo ser concluida sin mayores contratiempos, después de lo cual se le dio a leer a la declarante que no hizo ninguna objeción, firmó y le fue informado que quedaba en entera libertad de desplazarse por donde tuviera a bien, no habiéndose formulado cargo alguno en su contra sino que, todo lo contrario, le eran extendidos los agradecimientos del honorable cuerpo policial por toda la colaboración prestada. Fue ésta la segunda vez en su vida que la Peque salía, campante, de la comisaría, sin que la hubieran recluido en una celda por haber infringido alguna ley. La primera había sido menos de cuarenta y ocho horas antes, cuando había rendido su primera declaración en el caso Alicia Sequeira Barraganes, como ya se le denominaba en la comisaría a todo el enredado asunto.

Salió la Peque en el preciso momento en el que Margarita Elizondo tomaba su lugar, y se dirigió hacia la puerta de entrada del recinto policial. Ahí, flanqueada por dos agentes a los que reconoció por haberla apaleado en una manifestación que recientemente había organizado el gremio magisterial en pro de la defensa del nivel adquisitivo de los salarios de los profesores, pensó adónde dirigirse para encontrar al poeta y comunicarle la buena nueva que ella pensaba que aún no sabía. Era ella la que no tenía conocimiento que el poeta ya se encontraba en autos de todos los acontecimientos, aunque las múltiples versiones de los hechos a los que había ido accediendo en las calles de la ciudad lo tenían un poco confundido. Lo que había podido sacar en claro hasta entonces era que Alicia había aparecido y que se encontraba en manos de la policía, por lo que en ese preciso momento encaminaba sus pasos hacia la comisaría con el fin de verla y comprobar con sus propios ojos que tales versiones eran ciertas. Fue así como se encontró con la Peque que aún cavilaba sobre dónde encontrarlo. Se abrazaron y en breves instantes ésta lo puso al tanto de lo de la llamada que había recibido esa mañana, con lo que el poeta comprendió a cabalidad los acontecimientos, y se dio cuenta inmediatamente que no tendría que asumir el difícil trance en el que estuvo cavilando mientras se dirigía hacia la comisaría, es decir, en cómo le iba a decir a Alicia que Shirley Yorleny había pasado a ocupar el lugar preferente en su corazón. Fue Jorge quien sugirió que el poeta debía hablarle a Alicia a su casa por medio de una llamada telefónica de larga distancia, lo cual fue aprobado sin dilación por los dos amigos quienes, inmediatamente, salieron en busca del automóvil del poeta el cual, como era ya su inveterada costumbre, había olvidado dónde lo había dejado estacionado pero, afortunadamente, ahora estaba Jorge que le indicó más o menos en donde se

encontraba. Es el colmo, exclamó el poeta, que ya había recobrado su buen humor, que alguien que no conoce la ciudad tenga que decirme en dónde está mi carro, haciéndose ahí mismo el firme propósito de corregir su desatención crónica en el futuro, lo cual fue recibido escépticamente por la Peque, quien hizo un mohín que quería decir algo así como lo mismo dijo el año pasado.

Huelga decir que lo primero que hizo el poeta al llegar a su casa fue discar el número de aquella que había sido la causante de la zozobra de todos en las últimas cuarenta y ocho horas. Estaba tan aliviado que la situación estuviera en trance de aclararse definitivamente que, cuando oyó la voz de quien otrora había ocupado lugar de privilegio en su corazón, no pudo reprimir una exclamación de alegría. Alicia, sumamente preocupada por lo que le dijo la Peque, se había quedado obedientemente en su casa, esperando la llamada del poeta. Fueron dos horas de tensión en las que había hecho miles de conjeturas y se había arrepentido de su intempestiva partida de San José Urlán. Lo primero que atinó a decir al escuchar la voz del poeta fue, disculpame mi loquito querido, qué pena, no sabía que te iba a causar tantos problemas, y fue éste el momento preciso en el que el poeta lanzó la exclamación de alegría. Conversaron durante casi una hora, al cabo de la cual se despidieron en buenos términos, deseándose lo mejor para cada uno y acordando continuar los trámites de divorcio. El poeta tuvo el buen tino, según criterio de Jorge, de no mencionar nada de su tórrido romance con Shirley Yorleny. Es mejor así, poeta, le dijo, ya sabés que a los varones no nos es dado conocer los recovecos del alma femenina, y a lo mejor si le decís algo se empecina en no quererte dar el divorcio.

Una vez concluida la conferencia telefónica se pusieron en contacto con Shirley Yorlery, quien les hizo saber que debían pasar por la comisaría para retirar la denuncia y, de una vez, recogerla a ella para ir a celebrar en forma la conclusión de tan espinoso asunto. Así fue hecho, y a las cuatro de la tarde, hora a la que la diva abandonaba su oficina, todos los trámites habían sido concluidos con lo que, librados de la preocupación que habían cargado durante los dos últimos días, decidieron celebrar a lo grande en El Sambuco número dos, lugar al que ya no los acompañó la Peque, quien arguyó que debía ponerse en comunicación inmediata con las huestes magisteriales para que pararan la movilización que ya estaba en marcha, y que traería como efecto la paralización de las clases en toda la enseñanza pública, bloqueo de carreteras y una multitudinaria marcha por la avenida central de la ciudad. Como era de esperarse, el poeta hizo nuevamente gala de sus dotes de cantante de karaoke en El Sambuco número dos, con lo cual enamoró doblemente a Shirley Yorlery la cual, a partir de ese momento, sin que tuviera ya el estigma de la posible complicidad en un secuestro, fue vista como la indiscutible favorita del poeta. Esa noche, Jorge fue testigo de la consolidación definitiva -mientras durara- del amor que provocaría la creación del poemario más vendido, más comentado y más leído de toda la historia de San José Urlán. Esa parte de la historia ya no la vería Jorge en persona, pues en apenas dos días debía partir de vuelta hacia su tierra natal, pero le seguiría la pista a través de los mensajes del mismo poeta, las reseñas de la prensa y los comentarios sueltos y aislados que le llegarían ocasionalmente.

El día sábado ocho de agosto, exactamente una semana después de haber llegado, Jorge abordó de nuevo el autobús Queen Quality en el que haría el viaje de regreso. Esta vez ya no fue solo

con el poeta, como cuando había llegado, sino que lo acompañaban la Peque y Shirley Yorlenny. Se abrazaron y despidieron efusivamente. Una vez en su respectivo asiento, vio cómo el poeta abrazaba por la cintura al nuevo amor de su vida, y cuando la máquina se puso en movimiento ambos levantaron la mano, él la izquierda y ella la derecha (las otras las tenían ocupadas en el mutuo abrazo que los estrechaba) y dijeron adiós, aunque lo más probable es que no lo vieran por los vidrios oscuros que protegían a los pasajeros de la enorme ballena mecánica del tórrido sol tropical. La Peque, atrás de los tórtolos, también levantó la mano y sonrió.

Cuando Jorge partió, el poeta tenía prácticamente terminado el poemario y decidido su nombre. Se llamaría *Eternamente tuyo*, frase que fue tomada, literalmente, del primer poema que escribiera en El Sambuco Número Dos la noche que conociera a Shirleycita. En no más de dos semanas, el poemario estaría a la venta en todas las librerías de la ciudad. La primera edición constó de quinientos ejemplares, de acuerdo con la costumbre que ya tenían el poeta y la Peque de que una edición de poesía de tal magnitud tardaría entre seis meses y un año en venderse. Cuál no sería su sorpresa que, a la semana, la edición completa se había agotado y las librerías pedían urgentemente más ejemplares. Hubo de hacerse una edición apremiante de mil más que siguió la misma suerte, y así hasta el número de diez mil ejemplares, cifra de ventas que ni siquiera el último libro de autoayuda para momentos críticos de la vida afectiva había alcanzado. Más tarde se supo que habían existido varias ediciones pirata que, posiblemente, doblaban el número de ejemplares vendidos. La crítica recibió jubilosa el libro casi unánimemente. No podía faltar el pelo en la sopa, y hubo quien insinuara que seguramente la notoriedad que había alcanzado el poeta por el caso del supuesto secuestro

de su esposa era la responsable de tan resonante éxito. Pero tal tesis, asumida por un antiguo amigo del poeta conocido como el Negro Mandón, que mantenía una columna diaria en uno de los periódicos de más circulación de la ciudad, fue desoída por completo, y más bien se volvió en su contra como un bumerang porque el público lector se dio inmediatamente cuenta que se trataba de un caso de envidia crónica. La onda expansiva del éxito alcanzó hasta al antiguo Frente para la Defensa de los Valores Morales, Cívicos y Familiares de San José Urlán que, dejándose llevar por la ola de entusiasmo, decidió transformarse en Asociación De Promoción de la Lectura de la Obra del Poeta, aunque tal transformación trajo consigo su escisión, pues el señor arzobispo primado consideró que la obra contenía ideas, vocablos y, en general, un concepto de vida que en muchas oportunidades reñía con la doctrina de la iglesia. Pasados los meses, habiéndose estrechado las relaciones entre la Asociación y el bardo, Shirley Yorleny fue desplazada del sitio de honor que ocupaba en su corazón y reemplazada, nada más ni nada menos, que por Conchita Pérez de Aycinena-Johannsen quien, sin embargo, no logró inspirar en él poemas tan emotivos ni de tan elevada calidad como los que Shirley Yorleny evocó. Ésta, mostrada públicamente como la musa, ocupó portadas de revistas del corazón de la ciudad y fuera de ella. Un conocido programa de chismes de la farándula mexicana se desplazó hasta San José Urlán y la entrevistó. Su fotografía, que la mostraba de cuerpo entero y la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, le permitió un jugoso contrato para posar, liviana de ropas, en las páginas centrales de otra revista también mexicana. De ahí en adelante su fama corrió como pólvora y terminó, cuando ya el poeta la había apartado de su vida, como presentadora de las noticias vespertinas en el principal canal de televisión de la ciudad.

En la cresta de su popularidad, el bardo fue declarado Poeta Nacional de San José Urlán y premiado con el Premio Nacional de Poesía. Fue famoso por el resto de sus días. Jorge siguió paso a paso todos estos acontecimientos. Recibió un ejemplar de *Eternamente tuyo* completamente gratis y autografiado por el autor. En el paquete en donde le llegó el poemario iba también una foto tamaño postal a todo color. Tenía su firma al dorso. Ante el torrente, no pudo contenerse e inició una crónica en que narraba lo mucho que le había acontecido en los pocos días que habían pasado juntos. Se sentó a su humilde mesa de trabajo y escribió la primera línea: *Visita al poeta*. El libro, sin embargo, no correría la misma suerte que los poemas del amigo. Una tras otra las editoriales de su país la rechazarían con argumentos parecidos: la figura del poeta era estereotipada, la trama transcurría de forma monótona y descriptiva sin aportar elementos que engancharan al lector y lo estimularan a seguir leyendo. Era una prescindible crónica ligera. Estaba acostumbrado, sin embargo, a los rechazos, por lo que tomó el manuscrito y lo guardó.

No fue sino hasta varios años más tarde cuando un hecho, meramente fortuito que no vale la pena reseñar en esta historia, vino a sacarlo del anonimato y se publicó. Solamente entonces se vio que el libro había sido escrito con un tono satírico que parodiaba el mundillo de lo literario y cierta sociedad ridícula en la que todo es aparente relumbró. Jorge, tímido como siempre, no confirmó ni desmintió esta nueva interpretación de su crónica. El poeta, vivo y famoso aún, se sintió profundamente ofendido con tal interpretación y decidió, como primera medida, retirarle la palabra a su antiguo amigo. En su autobiografía refirió que todo se trataba de una estratagema más de sus enemigos literarios quienes, hasta el final de sus días, lo perseguirían tratando de denigrarlo obnubilados por la envidia. Pero, a decir

verdad, ese asunto no le ocupó más de media página. En el centro del relato estuvieron sus andanzas pormenorizadas con las mujeres que habían sido sus musas y las que no lo habían sido. Algunas de las que le había mencionado a Jorge, aquella noche calurosa en la que aún no sabía que haría con su relación con Alicia Sequeira, salieron a relucir ahí.

La autobiografía del poeta fue un nuevo éxito de ventas en San José Urlán.

